

LA RUTA DE LOS MASSAI

Rogers Kirby



¡En la tenebrosa selva de
los Massai arde la guerra!

LA RUTA DE LOS MASSAI

ROGERS KIRBY

1ª Edición

FEBRERO — 1956

Colección CONGO n.º 13

EDITORIAL BRUGUERA S.A.

BARCELONA — BUENOS AIRES

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA
EDITORIAL

En Colección BISONTE:

- 232 —El valle de la muerte.
- 242 —El mago del «Colt».
- 247 —La venganza de Will Tobey
- 253 —La marca fatal.
- 256 —La mentira de Jarry Jensen.
- 271 —El terror de Oklahoma.
- 304 —La muerte busca a Vic Gordon.
- 368 —Colosos del Oregón.
- 384 —El diablo de Texas.
- 400 —El ocaso de una raza.
- 404 —El imperio de los Donovan.

En Colección BUFALO:

- 34 —La muerte deja instrucciones.
- 64 —Kit Gatillo.
- 105 —¡Palabra de rey!

Colección SERVICIO SECRETO:

- 269 —Estiletes vengadores.

En Colección PANTERA:

- 49 —El brillante del Gran Lama.

En Colección CONGO:

- 8 —El vencedor de la selva.
- 13 —La ruta de los massai.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PRINTED IN SPAIN

La ruta
DE LOS
MASSAI

por ROGERS KIRBY



CAPÍTULO I

UN SACRIFICIO AL DIOS NGAI

LA canoa que remontaba la corriente del río Mara cambió de pronto de dirección. A una señal del hombre blanco que ocupaba el segundo asiento junto a la proa, los remeros negros de la izquierda habían hundido sus canaletes en el agua. Al momento, la ligera embarcación, dibujando una pronunciada curva, se dirigió en línea recta hacia la orilla.

En pocos segundos alcanzó la ribera. Pero el que había dado la orden de acercarse a ella no esperó a atracar. Todavía no se había inmovilizado la canoa, cuando ya él había saltado a tierra.

Después, con el rifle en la mano corriendo a grandes zancadas, se precipitó entre la espesura que bordeaba la orilla. Sus botas se hundían en el terreno cenagoso y pestilente. Pero no dejada de correr y continuó durante unas cien yardas de distancia, hasta que, al llegar junto a la mestas cuyos sumideros formaban aquel lapachar, el hombre se detuvo en seco.

Avizó de un lado a otro como si buscara algo y de pronto, con un brusco movimiento de su brazo, se echó el rifle a la cara.

El ruido del disparo se mezcló con el chapoteo que hacía un cuerpo pesado al desplomarse en un lavajo que había frente a él. Después...

El hombre se puso otra vez en movimiento y a todo correr se dirigió hacia una especie de hoyo cercano a la charca. Alargó el brazo libre hacia adelante y tirando luego hacia atrás extrajo de la latebra el cuerpo de un hombre que, al echarle la vista encima, le hizo soltar una exclamación de sorpresa.

Aparecía desnudo de cintura para arriba, mostrando una profunda herida que le cruzaba todo el pecho en sentido diagonal.

Sin embargo, Percy Copper no hizo el menor gesto de extrañeza ante aquel descubrimiento. Por muy raro que pudiera parecer, cuando el cazador saltó de la canoa en que viajaba por el río, para correr en línea recta hacia aquel lugar, sabía ya lo que iba a encontrar: un hombre con el pecho destrozado por la garra de un leopardo y sirviendo de carnaza a los cocodrilos en una de sus propias madrigueras.

Y por si aquello fuera poco aún sabía más cosas. Cosas que aparentemente no concordaban con lo anterior: Por ejemplo: estaba

seguro de que aquel hombre no había sido atacado por ningún leopardo. Y mucho menos que hubiera sido un accidente lo que le precipitara en la latebra.

Entonces, ¿qué significaba una y otra afirmación?

Muy sencillo. Las dos eran ciertas, aunque...

En efecto, la herida que presentaba en el pecho había sido producida por las afiladas garras de un felino pero... de una zarpa disecada del temible felino, manejada por manos humanas. Y en lo tocante a su peligrosa situación en aquella madriguera de cocodrilos, habían sido otros, y no él, quienes le habían precipitado allí.

En otras palabras: aquel hombre había sido sentenciado a morir en uno de los sacrificios al dios Ngai.

Ahora bien; antes hemos dicho que a Percy Copper no le extrañó lo más mínimo aquel hallazgo. La exclamación que había soltado al verle se debía a otra causa: a la de que, contra lo que él esperaba, la víctima era... un hombre blanco. Algo tan extraordinario, tratándose de ritos massai, que durante unos segundos le dejó mudo de asombro.

Aunque pronto se rehízo. Le bastó comprobar que el hombre respiraba aún para, sin pensarlo dos veces, cargárselo a la espalda y emprender el regreso hacia donde había dejado la canoa.

Tardó pocos minutos en alcanzarla. Allí depositó su carga en el suelo, ante la mirada atónita de los negros que hacían de remeros. Uno de ellos, precisamente el que ocupaba el asiento más próximo a la proa, abandonó de un salto la embarcación, retratado en su reluciente rostro un asombro sin límites.

—Trae el botiquín, Wazindi —ordenó Percy Copper, arrodillado como estaba junto al herido—. Yo también estoy tan sorprendido como vosotros, pero no podemos perder un minuto.

Poco después, las expertas manos del cazador se dedicaban a curar al herido.

—Haz que dejen un sitio en la canoa para poder instalarle, Wazindi —habló de nuevo Percy Copper, dirigiéndose a su fiel mulak—. La salvación de este hombre depende de la prisa que nos demos en regresar a Busamba.

En aquel momento el sol señalaba el mediodía. Pero a la caída de la tarde hacían su entrada en el Lago Victoria. Y ya en Busamba...

El doctor Rolfsen pegó un salto en su hamaca al ver aparecer en la puerta de su barracón la conocida figura de su amigo Percy Copper, llevando en sus brazos el cuerpo inconsciente de un hombre.

—¡Hola, Doc! —saludó el cazador, dirigiéndose en línea recta hacia un rincón donde se veía un camastro y depositando en él su carga—. Aquí te traigo un paciente que necesita urgentemente tus servicios. Habrá que hacerle una transfusión.

Andrew Rolfson, fornido y de aspecto risueño, era muy difícil de sorprender. Pero en aquella ocasión no pudo disimular su asombro. No obstante su juventud, ya que acababa de cumplir los treinta, llevaba allí cinco años prestando sus servicios como médico. Pero aquella era la primera vez que tropezaba con un paciente blanco... presentando claras señales de haber sufrido el más cruento de los suplicios massai, y que aún siguiera vivo.

Sin embargo, recobrándose en el acto de su sorpresa, se dispuso a atenderle sin hacer el menor comentario. Para aquello ya habría tiempo de sobra. Y empezó a actuar.

Percy Copper ya se había remangado la camisa, dejando al descubierto uno de sus poderosos brazos en mudo, pero elocuente gesto de que ofrecía su sangre para la transfusión.

Un cuarto de hora más tarde, el doctor dió por terminado su trabajo. Había hecho cuanto se podía hacer. El resto dependía de la naturaleza del herido.

Mientras se limpiaba las manos se acercó a una mesita cercana. De ella cogió un vaso y tras llenarlo del líquido que contenía una botella se lo alargó al cazador.

—Bébetelo, Percy —invitó a su amigo—. Es zumo de naranja y te sentará bien. Estupendo. Da gusto cuando eres tan obediente. Y ahora pasemos a otra cosa. Supongo que no hará falta decirte que estoy muerto de curiosidad por saber lo ocurrido.

Reclinado en su asiento, el cazador le devolvió el vaso cuyo contenido acababa de apurar.

Se trataba de un hombre joven, varonilmente hermoso y con una anatomía de verdadero atleta. Vestía pantalón brick color caqui, embutido en altas y suaves botas de caña; camisa del mismo color, bajo la que se adivinaba el poderoso tórax, y un pañuelo de hierbas anudado al cuello. La cabeza, ahora al descubierto, ya que se había quitado el salacot, poseía una abundante cabellera completamente negra y ondulada. De un ancho cinturón, abrochado con una original hebilla, pendía la funda en la que descansaba un revólver marca «Royal», calibre 38.

Su nombre era, como ya hemos dicho, Percy Copper y estaba considerado como el mejor cazador y guía del Africa Oriental. Conocía la selva palmo a palmo, ya que en ella se había criado y en ella había vivido siempre.

En él tenía el Gobierno inglés su más eficaz colaborador y a sus extraordinarias facultades y conocimientos de la selva debía la Corona muchos de sus éxitos en aquella vasta colonia.

—Conque te mueres de curiosidad, ¿eh, Doc? —fueron sus primeras palabras en respuesta a las de su amigo—. Bien. En ese caso trataré de

poner remedio a tu mal. Escucha...

Se arrellanó mejor en su asiento y, tras indicar al doctor que le imitara, empezó:

—El mensaje de los tambores massai era cierto, Doc. Como ya te dije, los tantanes anunciaban un sacrificio al dios Ngai. Ahora bien. Lo que nadie, ni siquiera yo, podía sospechar, era que la víctima iba a ser un hombre blanco. Ese que tienes ahí, y que si se salva será el único que pueda explicarnos lo sucedido. Por mi parte sólo puedo decir que estoy tan asombrado como tú. Cuando mi mulak Wazindi, descubrió la canoa en la que se alejaban el hechicero y sus ayudantes, de la latebra elegida para el sacrificio, corrí hacia ella completamente convencido de encontrar a un pobre kuasi a punto de ser devorado por los cocodrilos. Maté al que ya estaba a punto de alcanzarle y conseguí sacarle de la madriguera antes de que llegaran los demás¹. Pero, ¿te imaginas mi sorpresa y luego la de mis remeros cuando me presenté ante ellos llevando un hombre blanco, en vez del negro que todos esperaban? Durante el camino de regreso no han despegado los labios para nada. Y no es extraño. Todo el mundo sabe que los massai no inmolan al dios Ngai más que víctimas de su propia raza.

El doctor Rolfsen asintió en silencio. En realidad, aquello era tan extraordinario que hasta costaba trabajo creerlo. Únicamente la presencia allí del hombre que acababa de curar le hacía imposible la duda. Y, sin embargo...

—¡No acabo de entenderlo, Percy! —exclamó, preocupado—. Conozco lo suficiente las costumbres massai para estar convencido de que debe haber algo que justifique este misterio. Pero, por más que pienso, no caigo en qué puede consistir.

—Sólo existe una explicación, Doc —respondió él cazador, adelantando el busto hacia su amigo—. Una explicación tan descabellada, que me tomarás por loco si te la digo.

—Pues de todas formas quiero saberla, Percy... ¿Cuál es?

—La única posible. Que el hechicero que eligió la víctima sea... un hombre blanco.

—¿Eh?

—Lo que oyes, Doc. No puede ser de otra forma.

El doctor Rolfsen iba de sorpresa en sorpresa. Las últimas palabras de su amigo le acababan de traer a la memoria ciertos rumores que habían llegado hasta él.

—Dime la verdad, Percy —se encaró con el cazador—. ¿Has llegado a esa conclusión por lo que se rumorea entre los kuasi de que es un blanco quien domina a los massai?

Percy Copper negó con un gesto de cabeza.

—Sabes muy bien, Doc —respondió después—, que en la selva

cualquier rumor tiene su fundamento. Sin embargo, no se basa en eso mi deducción. Simplemente he llegado a ella por ser la única que puede explicar este misterio.

Fué a seguir hablando pero, de pronto, un ligero ruido a su derecha le obligó a guardar silencio. Una de las manos del herido, acababa de chocar contra el suelo al resbalar del camastro donde se encontraba. Y por su laxitud...

El doctor se acercó al camastro. Tomó entre sus manos la del herido y tras pulsarle la muñeca, volvió a dejarla como estaba.

—Se esfumaron nuestras esperanzas, Percy —declaró muy serio—. ¡La víctima de los massai se llevó su secreto a la tumba! ¡Acaba de morir!

CAPÍTULO II

EN EL POBLADO DE LEVANIKA

—**ESTO** se complica, Doc. Acabo de hablar con Sir Talbot y opina que es muy posible que la víctima de los massai sea un agente del «Intelligence Service» que desapareció hace un mes en la selva. Por desgracia no le conocía personalmente. Pero piensa tomarle las huellas digitales, antes de enterrarle, y enviarlas a Londres para que procedan a su identificación.

Percy Copper se sirvió una taza del café que su amigo acababa de retirar del fuego. Tomó un par de sorbos y prosiguió, haciendo parpadear al doctor:

—Tendremos que darnos prisa, Doc. Sir Talbot quiere que empecemos cuanto antes.

—¿Empezar qué?

El cazador esbozó una sonrisa.

—¡Qué va a ser! Pues adentrarnos en territorio massai. Ha decidido que sea yo quien realice la misión que encomendaron al otro. Y, naturalmente, he pensado que querrías acompañarme. ¿O quizá no?

Andrew Rolfsen hizo un gesto de impaciencia.

—Por favor, Percy —rezongó—. No empieces con tus bromas. ¿A qué diablos de misión te refieres?

—A la de localizar y capturar a un peligroso individuo de nuestra raza que desde hace algún tiempo se dedica a soliviantar a los massai... Por cierto, eso demuestra que no son sólo rumores lo que se comenta por ahí.

El doctor abrió los ojos, en el colmo del asombro.

—¡Percy! —exclamó—. Entonces, la deducción que sacaste respecto al misterioso sacrificio al dios Ngai... podría ser verdad.

—Exacto, Doc. Y precisamente por eso es por lo que he aceptado. Pero de todas formas estás a tiempo de cambiar de opinión. Si las cosas no salen bien, podemos acabar sirviendo de merienda a los cocodrilos.

El doctor hizo un gesto con la boca y replicó:

—Es inútil que trates de asustarme. ¿Cuándo salimos?

—Mañana al amanecer. Ya he dicho a Wazindi que lo prepare todo.

—¿Seremos muchos?

—Media docena. Nosotros, mi mulak y tres porteadores kuasi. Remontaremos el río en canoa hasta el poblado de Levanika y desde allí seguiremos a pie por la selva.

—¿Por qué ese rodeo, Percy? —se extrañó el doctor.

—Muy sencillo. Porque allí vive un tal Bruce a quien hemos de entregar un mensaje de Sir Talbot.

—Comprendido. Entonces no se hable más. Ahora mismo voy a preparar mis cosas.

A la mañana siguiente, la salida del sol coincidió con el momento en que una rápida canoa, después de dejar atrás el lago Victoria, se adentraba en el río Mara remontando la corriente a golpe de remo.

Sus pasajeros eran dos hombres blancos y cuatro negros. Estos últimos haciendo de remeros.

Durante varias horas la embarcación continuó surcando las aguas impulsada por el rítmico golpear de los canaletes. Así hasta que, hacia el mediodía, el hombre blanco que ocupaba el asiento delantero, indicó a los negros que se aproximaran a la orilla izquierda.

—Aprovecharemos mientras los remeros descansan un poco para echar un vistazo al lugar donde se celebró el sacrificio al dios Ngai. ¿Ves aquel meandro, Doc? Pues allí fué.

Mientras hablaba, Percy Copper se había puesto de pie, preparándose para saltar a tierra. Sólo que en aquella ocasión esperó a que la canoa hubiera atracado bien.

—Sígueme, Doc —volvió a hablar el cazador—. No te preocupes por Wazindi y los otros. Saben ya lo que tienen que hacer. Vamos.

Empuñando cada uno su rifle, los dos amigos se internaron en la espesura de suelo cenagoso y pestilente.

—Cuidado ahora, Doc —advirtió el cazador, al cabo de unos minutos de caminar—. Procura mirar donde pisas, pues vamos a entrar en el dominio de los cocodrilos. Y en esta ocasión no los han ahuyentado. Estarán tocaos.

Y, efectivamente, no tuvieron que esperar mucho para comprobarlo. Habían llegado a la terminación de la algaida y, a partir de allí, la suave planicie que se extendía hasta la orilla del río formaba un enorme lavajo materialmente plagado de saurios de todos los tamaños.

El cazador señaló con el brazo extendido frente a él.

—Mira allí, Doc. ¿Ves aquél cocodrilo que se pudre al sol? Pues es el que yo maté ayer. Ahora voy a acercarme a él, a ver si encuentro lo que busco. Tú vigila desde aquí.

El cazador se apartó de su amigo y echó a correr. Pero no lo hacía en línea recta. Eligiendo los puntos que a su juicio ofrecían mayor consistencia para aguantar su peso sin hundirse, Percy Copper fué avanzando en zigzag hasta alcanzar un pequeño talud próximo al

objetivo que perseguía.

Se encontraba exactamente en el mismo sitio donde el día anterior colocó el cuerpo que extrajera de la latebra. Sólo que ahora, observándole con sus ojillos llorones, un enjambre de cocodrilos le cerraba el paso impidiéndole seguir adelante.

Pero el cazador no se amilanó. Su penetrante vista no dejaba de avizorar aquel trozo del lapachar, sin preocuparse del peligro que, al menor descuido, podía correr.

Durante varios segundos continuó su búsqueda. Y de pronto...

Relucientes los ojos y con los músculos en tensión, su cuerpo adquirió súbito movimiento. Sorteando varios de los gigantescos reptiles próximos a él, se acercó a una pequeña charca, dentro de la cual algo desentonaba del sucio color del barro, y extendiendo el brazo que llevaba libre se apoderó de lo que le había llamado la atención. Después...

Seguido del fuerte chapoteo que los cocodrilos hacían al tratar de perseguirle, Percy Copper retrocedió rápidamente sobre sus pasos.

—¡Ya lo tengo, Doc! —exclamó con alegría, mientras se aproximaba a su amigo—, ¿Qué te parece?

Andrew Rolfsen no pudo disimular un gesto de sorpresa al posar la vista en lo que su amigo le enseñaba.

—¡Pero, Percy! —se escandalizó—, ¡Y para eso te has expuesto a ser atrapado por un cocodrilo! ¡Pero si es una vulgar camisa!

—Cierto —respondió tranquilamente el cazador, mientras con hábiles movimientos palpaba la sucia tela que sostenía en sus manos—. Se trata de una vulgar camisa. Precisamente la prenda que faltaba a la víctima de los massai. ¿O es que no te acuerdas?

—No se trata de si me acuerdo o no. Sino de que me digas qué diablos esperas encontrar en ella.

—Exactamente lo que he encontrado. Nada.

—¿Nada? Déjate de bromas, Percy. ¿Quieres hablar claro de una vez?

El cazador terminó de examinar la enlodada camisa que sacara de la charca. Luego, ante la creciente sorpresa de su amigo, la volvió a arrojar al lavajo.

—Regresemos a la canoa, Doc —dijo después—. Durante el camino te explicaré lo que tanto te llama la atención.

Avanzando ahora al paso, el cazador explicó:

—Hasta después de mi entrevista con Sir Talbot no caí en la cuenta de la importancia que tenía la prenda que faltaba a nuestro desconocido amigo. Por eso decidí llegarme otra vez aquí para tratar de encontrarla. Y te diré el motivo. Al no hallar en las ropas que llevaba puestas ningún documento que le identificara, ya que forzosamente alguno tenía que

llevar, sólo en un sitio podían estar: en la camisa que le quitaron para dejarle el pecho al descubierto. Y teniendo en cuenta la conclusión a que había llegado, respecto a la posible existencia de un hechicero blanco entre los massai, del escrutinio de sus bolsillos dependía la confirmación de mi hipótesis. El hallazgo en ellos de cualquier documento, demostraría que había sido un auténtico massai quien llevó a cabo el sacrificio. En caso contrario, si los documentos no aparecían, ya no podía haber duda de que mis sospechas eran ciertas. Y el resultado ya lo has visto. Los bolsillos estaban completamente vacíos. Por lo tanto, puedo asegurarte que fué un hombre blanco quien se los apropió.

Andrew Rolfsen le escuchaba en silencio mientras caminaba a su lado. Desde donde se encontraban ahora veían ya la canoa y a los cuatro negros sentados en el suelo junto a ella.

—Empiezo a creer que tienes razón, Percy —dijo el doctor, aminorando un poco el paso—. De haber sido los massai no le hubieran registrado los bolsillos.

—Exacto, Doc. Los massai no roban a sus prisioneros más que las armas. Los demás objetos que llevan encima ni siquiera los tocan.

—¿Qué piensas hacer entonces?

—Ya te lo dije. En cuanto hayamos entregado el mensaje de Sir Talbot a su amigo Bruce, nos internaremos en territorio massai. Sea quien sea ese hombre blanco que parece dominarlos, me he propuesto Capturarlo. No me importa la influencia que pueda tener sobre ellos. Yo también tengo la mía y al final veremos quién gana.

En aquel momento llegaron junto a la canoa. El cazador ordenó:

—Arriba, Wazindi. Tenemos que llegar al poblado de Levanika lo antes posible.

Minutos después, la veloz embarcación surcaba las aguas de nuevo. Durante dos largas horas continuaron remontando la corriente del río sin la menor novedad.

—Mira, Percy —dijo de pronto el doctor—. Desde aquí se ve la curva que oculta el poblado. A este paso llegaremos...

No terminó la frase. El cazador acababa de ponerse de pie. Una expresión rara se dibujó en su semblante y con las aletas de la nariz parecía olfatear el ambiente.

Su mulak también se había levantado y con el brazo extendido señalaba hacia un punto determinado de la selva.

—Ya lo he visto, Wazindi —habló el cazador, mientras con un gesto ordenaba a los remeros que aumentaran la velocidad—. Esas columnas de humo me dan mala espina. Juraría que proceden del poblado de Levanika.

En aquel momento doblaban la curva que poco antes indicara el doctor. Casi al mismo tiempo, el *kraal* hacia el que se dirigían apareció

ante sus ojos. Pero...

A pesar de la poca distancia a que ahora se encontraban de él, les fué imposible descubrir una sola choza en pie. Todas, absolutamente todas, aparecían convertidas en un montón de pavesas. Pequeñas columnas de humo se elevaban al cielo cubriendo el ambiente de una nube negra bajo la cual todo era desolación.

La penetrante mirada de Percy Copper recorrió con avidez todo el descampado en ruinas, tratando de descubrir algún signo de vida. Pero no lo consiguió.

A medida que la canoa se acercaba a la orilla, los detalles del siniestro se percibían más claros. Daba exactamente la impresión de que un huracán había pasado por allí arrasándolo todo.

—¡Deprisa, deprisa! —animó a los remeros. Luego, empuñando el rifle que hasta entonces había permanecido a sus pies, se preparó para saltar, mientras advertía: —Estad todos a punto por si tenemos que salir pitando. No me gusta nada ese silencio.

En aquel momento alcanzaron la orilla. Percy Copper saltó a tierra y con ligero paso se adentró entre las humeantes ruinas que aparecían ante él.

Al primer vistazo, el cazador llegó a la conclusión de que aquello no se debía a un accidente. De haber sido así, el fuego se habría extendido a los árboles cercanos.

Pero pronto dejó de preocuparse por el aspecto desolador de las chozas carbonizadas. Otra cosa atrajo enseguida su atención. Diseminados por el ennegrecido suelo acababa de descubrir los cadáveres de muchos negros kuasi presentando en sus cuerpos las horribles heridas que sólo las descomunales lanzas de los massai podían producir.

—No hace falta ver más para saber quiénes hicieron esto —murmuró en un susurro—. Lo que no me explico es por qué...

Deteniéndose bruscamente, con increíble rapidez se dejó caer al suelo. Casi al mismo tiempo algo silbó por encima de él juntamente con el estampido de un disparo que atronó en la selva.

Su instinto de cazador nato le había permitido intuir el peligro una centésima de segundo antes de que el oculto tirador apretara el gatillo. Su finísimo oído, acostumbrado a saber definir en el acto todos los ruidos de la selva, había captado el roce de algo que se movía delante de él, justamente en las ruinas de lo que debió ser un barracón, al otro extremo del poblado.

Y aquello era suficiente para Percy Copper.

Apenas tocado el suelo, con hábil giro de su cuerpo se las arregló para rodar tras la techumbre carbonizada de una choza cercana. Le ofrecía escaso refugio, pero no disponía de otro. Su mejor aliado en

aquel momento era el humo que le envolvía.

Por otra parte, el cazador tenía otra preocupación. Podía ocurrir que fueran varios los tiradores que estaban escondidos. Y si era así, les resultaría fácil liquidar a cualquiera que se pusiera delante de ellos. Por ejemplo, el doctor Rolfsen que podía acudir al oír el tiro.

Aquel pensamiento le obligó a actuar.

Arrastrándose como sólo él sabía hacerlo, abandonó el improvisado parapeto para tratar de colocarse a la espalda del que le había disparado. Resultaba extraordinariamente difícil, pero confiaba en el humo que desprendían las últimas ascuas para conseguirlo sin ser visto. Y lo consiguió.

Al cabo de cinco interminables minutos de rastrear entre los escombros humeantes y calcinados, alcanzó la pared trasera de su objetivo. A unas diez yardas por delante de él tenía ahora las espaldas del que parecía estar buscándole, con el rifle apoyado en el hombro y dispuesto a apretar el gatillo de nuevo. Además, descubrió que sólo se trataba de un tirador. Y aquello le tranquilizó.

—Se acabó la función, amigo —gritó de pronto con voz rajante—. Suelte ese rifle o le atravieso. ¡Y le advierto que tengo mejor puntería que usted!

Al oír sus palabras, un estremecimiento recorrió el cuerpo del que acababa de sorprender. Pero así y todo, el desconocido no soltó el arma. Reaccionando con extraordinaria rapidez, bruscamente giró sobre sus talones al mismo tiempo que, abandonando su posición de rodillas, de un ágil salto se ponía de pie.

Tan brusco fué el movimiento que el salacot salió despedido de su cabeza, dejándola al descubierto.

Las bocas de los cañones de los dos rifles quedaron ahora frente afrente. Más por fortuna, ninguno de sus respectivos dueños hizo fuego. Ambos a la vez mostraban en sus ojos una mirada de sorpresa. Especialmente el cazador que, en el colmo del asombro, acababa de exclamar:

—¡Por cien mil hipopótamos! ¡Pero si es una mujer blanca!

CAPÍTULO III

LOS PELIGROS DE LA SELVA

A las palabras del cazador siguieron unos segundos de silencio. Unos segundos durante los cuales Percy Copper no tenía ojos más que para mirar, lleno de sorpresa, a la mujer que tenía delante.

Se trataba de una joven que no aparentaba más de veinte años de edad. Vestía pantalón brick de resistente paño y camisa blanca de cuello ajustado. La cara y los brazos aparecían tiznados de carbón, pero así y todo, el cazador se dió cuenta enseguida de que todo en ella era perfectamente armónico. Su figura, el delicado óvalo de su rostro, la rubia cabellera que la caída del salacot había dejado al descubierto, todo daba a entender que se trataba de una extraordinaria mujer que, además de belleza, no carecía de valor.

Corrientemente resultaba muy difícil sorprender a Percy Copper. Sin embargo, aún no se había repuesto de su primera impresión cuando por segunda vez parpadeó sorprendido.

La desconocida acababa de romper el silencio para decir:

—Para que lo sepa, en todo el Africa inglesa sólo hay un hombre que, según aseguran los que le conocen, dispara mejor que yo. Conque alégrese. Mi primer fallo le ha valido a usted la vida. Aunque todo hay que decirlo. El humo fué lo que me impidió verle bien, y además únicamente quería herirle para hacerle prisionero. Le tomé por un massai de los que atacaron el poblado.

Esta vez el cazador se recuperó enseguida.

—Después de lo que acabo de oír —respondió muy formal—, supongo que habré de pedirle perdón por lo que dije antes de que tenía mejor puntería que usted, ¿no es eso lo que espera, señorita? Bien. Pues le presento mis excusas con la condición de que me diga quién es ese único tirador que le aventaja. Me será muy útil para no cometer más planchas como ésta.

Contra lo que esperaba, su interlocutora respondió con la mayor naturalidad:

—Se llama Percy Copper —y al oír aquel nombre, el cazador tuvo que esforzarse para contener una carcajada—. No le conozco personalmente, pero todos los negros de la selva le temen y respetan. Al menos es lo que he oído decir. ¡Debe ser un hombre extraordinario!

—No me atrevo a llevarle la contraria, señorita —respondió el cazador, muy serio—. De ahora en adelante me guardaré muy bien de discutir con desconocidos. Y a propósito: ¿puedo saber quién es usted y qué hace aquí?

Antes de responder, la muchacha recogió el salacot del suelo, reunió sus cabellos en un moño, que desapareció bajo el casco y haciendo una seña al cazador, le indicó que la siguiera.

Anduvieron una veintena, de yardas hasta alcanzar el comienzo de la selva, y una vez allí, después de sentarse en un tronco caído, muy próximo a una tumba recién cubierta, la muchacha abrió por fin la boca para decir:

—Mi nombre es Lilian Bruce. Toda mi vida la he pasado en Kenya, hasta que hace quince días, habiendo transcurrido tres meses sin recibir noticias de mi padre, me puse en camino hacia aquí, que era donde él vivía, al frente de un safari que yo misma organicé. Mi propósito era presentarme en este poblado kuasi y darle una sorpresa. Pero la sorpresa me la llevé yo. Encontramos el *kraal* convertido en un montón de hogueras y sin alma viviente. Para colmo de males, en cuanto mis porteadores kikuyos descubrieron que todo había sido obra de los massai, ni siquiera me dieron tiempo para intentar convencerles. Como perros asustados salieron todos corriendo, dejándome sola. ¿Se imagina usted lo que habría sido de mí si no hubiera estado acostumbrada a vivir en la selva? En fin, durante toda la noche, a la luz de las llamas, estuve buscando entre los escombros el cadáver de mi padre. Pero hasta el amanecer no le encontré. Estaba prácticamente irreconocible. Carbonizado por completo, no hubiera sabido que era él de no ser por esta cadena que yo misma le regalé en la última visita que me hizo y que desde entonces, según me había prometido, jamás se la quitaba de la muñeca. Mírela. Lleva grabado su nombre y la fecha en que se la compré, que por cierto fué el día que cumplí dieciocho años.

El cazador no hizo la menor señal de interrumpirla. Ella prosiguió:

—Acababa de enterrarle cuando oí el ruido de unos pasos que se movían entre los escombros. Así es que tomé mi rifle y me escondí detrás de esas ruinas desde donde, aunque borrosamente a causa del humo, descubrí la figura de un hombre que parecía buscar algo. Era usted. Tomé su salacot por la corona de plumas de un guerrero massai y el rifle por su temible lanza. El caso fué que decidí capturar al que yo creía uno de los asesinos de mi padre. Confiada en mi puntería sólo tenía que herirle y llevármelo a Busamba para que Sir Talbot pudiera sacarle los datos necesarios para castigar a los demás.

Clavó la muchacha sus ojos en el rostro del cazador y exclamó de pronto, como extrañada:

—¡Lo que no me explico es cómo pude fallar aquel tiro!

El cazador esbozó una sonrisa.

—¿Tanto lamenta no haberme herido? —preguntó.

—No, no es eso —respondió ella, pensativa—. Únicamente me cuesta trabajo creerlo. A menos que algo le hubiera avisado del peligro, era prácticamente imposible escapar a mi bala.

—¿Y por qué no puede ser la casualidad? —objetó él muy serio—. Recuerdo que tropecé y caí justamente cuando sonó el disparo.

Al oír estas palabras los ojos de la joven se alegraron.

—No diga más. Eso lo explica todo. Y ahora pasemos a otra cosa. Le he hablado de mí, pero todavía no sé quién es usted. ¿No cree que también tengo derecho a saberlo?

—Desde luego. Permítame que me presente. Mi nombre es...

—¡Percy!, Percy! —en el silencioso y desolado calvero, la voz del doctor Rolfsen le interrumpió.

Advirtió él el gesto de sorpresa que aparecía de pronto en el bello rostro de la muchacha y se apresuró a decir:

—Es mi amigo, el doctor Rolfsen, que me llama. Ha debido impacientarse por mi tardanza y viene a buscarme... ¡Eh, Doc! —gritó ahora, levantándose del tronco y avanzando hacia el campamento—. Estoy aquí. Al final del poblado. Acércate.

Vuelto ahora de espaldas a ella, el cazador no pudo ver el extraño brillo con que se habían iluminado los ojos de la joven. Pero apenas se volvió, cuánto ya el doctor se había reunido a él...

—Ahora ya sé quién es usted —la oyó decir, con voz en la que se advertía una clara admiración—, Y también comprendo por qué falló el tiro. No podía ser de otra forma. Usted es Percy Copper, ¿Verdad que sí?

La pregunta estaba plagada de honda ansiedad.

—El mismo, señorita—respondió el cazador—. Iba a decírselo cuando mi amigo me interrumpió. Permítame que se lo presente. El doctor Rolfsen. Esta es la señorita Lilian Bruce, Doc —se encaró con el sorprendido galeno que, de todo, encontrar allí a una mujer blanca era lo que menos se esperaba.

Tras los saludos de rigor, el cazador tomó de nuevo la palabra para decir:

—Y ahora vayamos a lo que interesa, señorita. Sepa usted que nuestra presencia aquí no tenía otro objeto que el de entregar a su infortunado padre un mensaje de Sir Talbot. Según él, debía regresar inmediatamente a Busamba.

Lilian Bruce no apartaba la vista del cazador.

—Dígame, señor Copper —preguntó de pronto: —¿Conoce usted el motivo de esa llamada de Sir Talbot?

—Si, señorita. Hace dos días los tambores massai anunciaron un sacrificio al dios Ngai. Y como cuando esto ocurre, significa que han declarado la guerra a los kuasi², Sir Talbot creyó conveniente avisarle

para que abandonara este poblado.

—Gracias, señor Copper. Ahora otra cosa: ¿piensan regresar enseguida a Busamba?

Los dos amigos cambiaron una mirada.

—No, señorita —respondió el cazador, para añadir rápidamente, creyendo adivinar el interés de ella: —Pero no se preocupe. Prescindiremos de dos de nuestros remeros para que la conduzcan hasta allí. Si salen ahora pueden llegar antes de que se haga de noche.

—Nosotros hemos de adentrarnos en territorio massai —dijo ahora el doctor, interviniendo en la conversación—. De no ser por eso, la acompañaríamos encantados.

Sonrió la muchacha al oír aquellas palabras y respondió:

—Por lo que se ve, no me han comprendido ustedes. Quería saber cuánto tiempo pensaban permanecer aquí para hacerles compañía antes de emprender mi marcha. ¡Porque yo también me dirijo a territorio massai! —terminó ella, haciendo parpadear a los dos hombres.

—¡Cómo! —exclamaron ambos a la vez—, ¿Se da usted cuenta de lo que dice?

—Perfectamente —respondió ella, muy decidida—. No pienso presentarme en Busamba si no es llevando prisionero a un massai. Por él sabré quiénes fueron los que atacaron este poblado y Sir Talbot podrá castigarlos... ¿Qué les ocurre? ¿Por qué ponen esa cara?

La extrañeza de los dos amigos tenía su explicación. Era la primera vez que tropezaban con una mujer que poseía el valor para proyectar internarse en la selva con la exclusiva intención de capturar a un guerrero massai.

Percy Copper fué el primero que se recuperó.

—Admiro su valor, señorita —dijo—. Pero, ¿ya ha pensado a lo que se expone si son los massai los que la atrapan a usted?

Lilian Bruce apretó los dientes con firmeza al responder:

—Sé muy bien a lo que me expongo, pero no tengo miedo. Como tampoco me importa morir, si antes consigo vengar a mi padre.

Era tanta la decisión que se advertía en su tono que el cazador comprendió, al igual que su amigo, que nada la haría desistir de su propósito. Aunque...

—Escuche, señorita —dijo de pronto—. No quería decírselo, pero veo que no hay otro remedio. Ponga atención: mi amigo y yo nos dirigimos a

territorio massai con unos fines parecidos a los suyos. La única diferencia estriba en que, en vez de un guerrero massai, a quien queremos capturar nosotros es a un hombre blanco. Un hombre blanco que es el culpable de que los feroces lanceros— de la selva estén tan soliviantados. Incluso tengo mis razones para creer que fué él quien ordenó la destrucción de este poblado y, por consiguiente, el asesinato de su padre de usted. Desista, pues, de su descabellada idea y deje que seamos nosotros quienes hagamos el trabajo. Consienta que dos de mis hombres la conduzcan a Busamba y espere allí tranquilamente y sin peligro, el resultado de nuestra misión. Logrará lo mismo sin necesidad de exponerse.

—Lo siento, señor Copper —respondió ella, cuando él terminó de hablar—. Cuando tomo una decisión jamás me vuelvo atrás. Todo lo que puedo hacer es desistir de mi primer proyecto a cambio de que me permitan acompañarles. En caso contrario seguiré sola... ¿Qué contestan?

Se volvió el cazador a su amigo y, a todas luces contrariado, ordenó:

—Llama a Wazindi y a los otros, Doc. Empezaremos la marcha dentro de diez minutos.

Un cuarto de hora más tarde, los arriesgados expedicionarios se internaban en la selva. Una selva de bosques espesos, lianas, bambúes, helechos arborescentes y de suelo esponjoso, donde el pie del elefante deja sus huellas profundas.

La tarde empezaba a declinar, pero así y todo, el calor era insoportable. El viento no lograba penetrar en la espesura y, lo que era peor, el suelo despedía continuamente ardorosos vapores.

Avanzando junto al cazador, Lilian Bruce no podía disimular su admiración viendo la seguridad con que Percy Copper se movía entre la maleza. Viéndole avanzar por ella daba la impresión de que lo hacía de la misma forma que lo haría en las calles de cualquier ciudad, en las que ni siquiera tuviese que preocuparse por los peligros de la circulación.

Esto era precisamente lo que más la extrañaba. Por su experiencia de la selva, sabía que los propios nativos no se comportaban de aquella manera tan despreocupada. Incluso las ñeras y demás animales que poblaban la selva, se movían entre la maleza con todos los instintos alerta. El menor descuido o imprudencia significaban la muerte en los dominios de la garra y el colmillo. Y sin embargo, Percy Copper, al menos en apariencia, no mostraba la menor precaución o cautela. Avanzando a grandes zancadas, se movía con la misma soltura que lo hubiera hecho de estar en su propia casa.

Miró entonces la joven hacia atrás, tratando de descubrir en los que la seguían alguno de los síntomas que en su compañero echaba de menos y esta vez su asombro llegó al límite.

Tanto el doctor como el mulak o los porteadores avanzaban también completamente confiados. Ni el más pequeño azoramiento; ni una mirada de sigilo; nada que significase temor o inseguridad. En cambio, observó que todos los ojos no apartaban la vista del cazador.

«Ahora lo comprendo todo —se dijo—. Van tan tranquilos porque confían en él. No hay mejor prueba de que se trata de un hombre extraordinario.»

Sin darse cuenta se había retrasado algo de su puesto junto al cazador. Apretó entonces el paso para recuperar el camino perdido. Pero de pronto...

El cuerpo de Percy Copper se inmovilizó súbitamente. Y de una manera tan repentina que incluso a ella, que corría a su alcance sin dejarle de mirar, le costó trabajo convencerse de que había dejado de moverse. Por un momento creyó que eran figuraciones suyas. Más acabó por convencerse al oír la voz del doctor Rolfsen, que le decía al oído:

—Quédese dónde está y no se mueva. Nuestro amigo debe haber descubierto algo raro.

Pero el aviso era innecesario. Lilian Bruce se había quedado como petrificada mirando al cazador.

Seguía inmóvil en medio de la senda. Con la vista clavada en un punto determinado frente a él. No podían adivinar el sitio exacto, pues les daba la espalda. Pero de lo que no había la menor duda era de que entre la espesura se escondía algo que el cazador no quería asustar. Algo que no debía ser peligroso aunque sí lo suficientemente interesante para que Percy Copper obrara de aquella manera.

No tardaron mucho en salir de dudas. Procedente de la maleza llegó hasta ellos un triste lamento en forma de balido. A unas treinta yardas de distancia por delante de ellos empezaron a agitarse los arbustos con violencia. Después...

El cuerpo del cazador adquirió movimiento. En pocas zancadas llegó junto a los matorrales cada vez zarandeados con más fuerza, y sin pronunciar una sola palabra desapareció entre ellos.

—¡Si me lo dicen no lo creo! —exclamó la muchacha, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta—. ¿Cómo es capaz de meterse ahí dentro sin saber lo que va a encontrar? ¡Y que lo ha hecho con las manos vacías!

—Sorprendida, ¿eh? —oyó que decía a su lado el doctor—. Pues eso no es nada. Puede estar segura de que no será esta la última vez que se asombre. Incluso a mí, que le conozco muy bien, me reserva siempre alguna sorpresa... Mire. Nos hace señas con el trazo para que nos acerquemos. Vayamos a ver qué quiere.

Echaron a correr en dirección adonde el cazador parecía forcejear con algo, y cuando llegaron junto a él, le oyeron decir:

—Separen los arbustos para que este pobre kudú pueda salir. Se le han enredado los cuernos³ y ha quedado aprisionado.



Se vió rodeado de puntas de lanza.

Mientras lo decía, Lilian Bruce le vió cómo procuraba romper las lianas que aprisionaban al animal, esforzándose en no asustarle. Entretanto, ellos habían quitado ya el obstáculo que le cerraba el paso. Segundos después, un magnífico ejemplar de kudú emprendía loca carrera perdiéndose en la selva.

Pero la muchacha había tenido tiempo de contemplarle a su satisfacción.

Como todos los de su especie, se trataba de un antílope de gran tamaño. Parecido al ciervo, pero de cuerpo más recogido; el cuello mediano y la cabeza, de frente ancha y hocico puntiagudo, dotada de

largas orejas y grandes y expresivos ojos, parecidos a los de las gacelas.

Era un macho, según había podido ver por las defensas frontales, que constituían un curioso ornamento por su disposición en hélice. En cuanto al pelaje, era corto y liso, aunque un tanto basto, formando algo de crin en la nuca y en la garganta.

En él predominaba el color pardorrojizo, tirando a gris, menos la parte posterior del vientre y la cara interna de las patas, que eran de un blanco agrisado. La cola terminaba en una borla negra. Pero lo más notable de su tegumento eran las fajas transversales, de color blanco, que en número de siete corrían desde los costados guardando un notable paralelismo.

—¡No había visto nunca un ejemplar tan precioso de kudú! —exclamó la muchacha, admirativamente. Y añadió, curiosa, dirigiéndose al cazador: —¿Por qué le ha dejado escapar, señor Copper? Si mal no recuerdo, le oí decir antes que necesitamos provisiones de carne. ¿Es que no le gusta el kudú?

—Reconozco que hay otras carnes que me gustan más —respondió el cazador—. Pero no se debe a eso que le haya dejado huir. Aunque le parezca raro, le he dado la libertad a cambio de alejar de nosotros un peligroso habitante de la selva que nos venía— siguiendo.

La muchacha parpadeó, en el colmo del asombro.

—¡Y lo dice usted tan tranquilo! —exclamó—. ¿Por qué no nos avisó?

—No merecía la pena. Simba sólo ataca de noche y por lo visto era lo que esperaba para hacer acto de presencia. Ahora ya no lo huelo, lo cual quiere decir que ha elegido nueva presa: el kudú.

Con los ojos brillantes de admiración, la muchacha se volvió hacia el doctor, que rezongó:

—Ya se lo dije antes, señorita. Nuestro amigo es el rey de las sorpresas. ¿Qué le ha parecido esta? Llevábamos un león pisándonos los talones y, según él, no merecía la pena avisarnos... En fin, tú tienes la palabra, Percy. ¿Podemos continuar?

La respuesta del cazador fué rapidísima.

Se vió rodeado de puntas de lanza.

No —dijo—. Pasaremos aquí la noche. Todo lo más que podríamos avanzar hoy es una milla. Y eso es exactamente lo que falta para llegar a territorio massai. Avisa a Wazindi para que prepare el campamento.

* * *

Transcurrida la noche sin novedad y recorrida la milla de distancia anunciada por el cazador, mediada la mañana siguiente alcanzaron la verdadera e intrincada selva, dominio de los massai.

Lilian Bruce no había estado nunca allí. De ahí que su primera sensación fuera la de que los sentidos se le paralizaban y quedaba ciega al pasar, de improviso, de la luz del sol a la obscuridad del follaje.

En las tinieblas que la rodeaban ahora, la inmensidad abrió el camino de su inteligencia, único medio de percepción. Aunque de momento le resultaba casi imposible ver más que a pocos pasos entre la espesura de la vegetación, paulatinamente empezó a discernirlo todo.

La senda por la que ahora avanzaban, envuelta en un hálito de fuego, serpenteaba por entre espesos matorrales de hojas opacas, oscuras y trepadoras colgantes, evitando los grandes troncos de árboles y las ramas caídas que centelleaban húmedas.

En el ambiente destacaba, entre otros mil olores, el del mantillo, rico, cubierto por las hojas caídas año tras año. Y en lo alto, invisibles ahora a causa de las frondosas copas que los ocultaban, los parleros pájaros sastres, de brillante plumaje escarlata y negro, así como multitudes de aves de espléndidos tonos, revoloteaban en bandadas inmensas. El cruel junto al manso, la picaza con el paro, todos amigos en presencia del espanto común o miedo habitual que mora en la selva como un sortilegio.

Sin dejar aquella senda, siguieron avanzando durante un par de horas hasta que, de pronto, el cazador hizo un ademán con el brazo y torcieron a la izquierda.

Ahora dejaban el sendero áspero para pisar una alfombra de hojas y musgo. Rodearon un corpulento árbol que parecía cerrarles el paso y tras caminar unas cien yardas sin ningún obstáculo notable, la luz del sol les hirió la vista.

Al abrir los ojos nuevamente, de lo primero que se dio cuenta Lilian Bruce fué de que habían llegado junto a un pequeño lago, como otros que ya conocía.

En realidad era un pantano que servía de lecho a plantas de anchas hojas, donde seguramente los okapis⁴ deberían disfrutar a placer, asustando a las ranas, que no por eso dejarían de croar, con su voz profunda y sostenida.

El cazador se acercó a la joven, que se había dejado caer en el mullido suelo.

—Bien, señorita —habló por primera vez desde hacía bastante rato—. No se puede negar que es usted una mujer valerosa. Sin embargo, permítame decirle que hasta ahora sólo ha sido cuestión de resistir la caminata. A partir de aquí no habrá un solo momento en que no corramos mortal peligro. ¿Se ve con ánimos de continuar?

—Naturalmente. ¿Es que pretende asustarme?

—Trato únicamente de avisarla, señorita. Dentro de poco los massai conocerán nuestra presencia en su territorio y...

—Es inútil que me lo explique, señor Copper —le interrumpió ella—. Ya le dije que sabía a lo que me exponía. Además, si no me daba miedo venir sola, ¿cómo quiere que lo tenga ahora que usted me acompaña?

En aquel momento se les unió el doctor Rolfsen. A su espalda, Wazindi y los cuatro portadores habían dejado los bultos en el suelo y disponíanse a descansar.

—Doc —habló el cazador, dirigiéndose a su amigo—. Ha llegado el momento de poner manos a la obra. Cuida de todo, mientras yo echo un vistazo por ahí. Noto demasiado silencio y eso no me gusta nada. Enseguida vuelvo.

Se despidió haciendo un gesto con la mano y poco después desaparecía en la espesura.

—No se preocupe por él, señorita —dijo el doctor, al notar la intranquilidad con que la muchacha veía marchar a su amigo—. Si realmente existe alguien que pueda considerarse seguro en la selva, ese alguien es sin duda Percy Copper... Le apuesto lo que quiera a que cuando regrese lo hace acompañado de una succulenta pieza.

Y el doctor no se equivocó. Aún no había transcurrido media hora desde su marcha cuando el cazador se presentó ante ellos, cargado con un cervatillo muerto sobre los hombros.

—¡Es increíble! —exclamó Lilian Bruce, admirada—. No hemos oído ningún disparo y, sin embargo, trae caza. ¿Cómo se las ha arreglado, señor Copper?

El cazador entregó a su mulak la pieza cobrada. Luego respondió:

—No fué muy difícil. Aunque, claro está, de haberse tratado de un ejemplar adulto no hubiera tenido otro remedio que utilizar mi rifle. Pasó tan cerca de donde yo estaba escondido que sobró mi cuchillo para matarle. Por lo visto se había extraviado. Esa fué su perdición.

Apartándose de la muchacha, acercóse a los portadores para ordenar:

—Daos prisa en prepararlo, Wazindi. Hemos de emprender la marcha dentro de una hora.

Comieron con bastante apetito, hasta apurar la totalidad de las tajadas que salieron del sabroso cervatillo. Después reposaron un rato y, finalmente, ya transcurrida la hora de plazo anunciada por el cazador, reemprendieron la marcha.

De nuevo en la intrincada selva, Lilian Bruce tuvo ocasión de comprobar personalmente cuanto había oído decir, refiriéndose a aquella parte del bosque massai.

Sobre las copas de los árboles, a plena luz, volaban mariposas y otros insectos alados que buscaban su alimento en las corolas de las flores. Bajo los árboles, a su alrededor, pululaban infinidad de insectos, de cuyas formas, tamaños y coloraciones, apenas pueden tener idea las

personas sólo familiarizadas con la fauna de los países templados.

Lo que ya no le extrañó tanto, por haberlo visto antes, fué la multitud de animales trepadores, singularmente monos, aunque también debía haber gorilas y chimpancés.

Finalmente, sobre el suelo, abriéndose paso entre la maleza, gracias a la pesadez de sus cuerpos y el grosor de su piel, adivinó la presencia de hipopótamos y elefantes. Y entre las fieras, aunque no pudo ver a ninguna de cerca, presintió la proximidad del leopardo, serpientes venenosas, como la temible cobra o escorpiones tarántulas y escolopendras. La única ausencia que advirtió, fué la de las iguas, o pulgas de la arena.

El cazador había advertido poco antes:

—Cuidado con las orillas del camino. Los massai acostumbran a clavar púas envenenadas entre las hojas y pincharse con ellas significa la muerte. Este sendero conduce a uno de sus poblados.

Otra de las cosas que a la muchacha habían llamado la atención fué comprobar que tanto el cazador como los que le seguían detrás, ya no caminaban tan confiados. Por lo que se refería a Percy Copper, había cambiado su anterior despreocupación por una extraordinaria cautela.

Ahora *ce* movía con más lentitud y observándolo todo antes de avanzar un paso. Así transcurrió otra hora, hasta que de pronto...

En la inmensidad de la selva empezó a propagarse el característico tam-tam de un tambor. Percy Copper se detuvo unos segundos a escuchar, y después declaró:

—Los massai han descubierto ya nuestra presencia en su territorio. El *gudugudu* dice que hombres blancos avanzan en dirección al poblado de Chikondo... Un momento. Otro contesta ahora ordenando no meterse con nosotros, aunque advirtiendo que nos hagan prisioneros.

En efecto, el tañido más lejano de otro tambor sonaba ahora en la selva emitiendo acordes cada vez más rápidos.

—Magnífico sistema telegráfico, ¿eh? —comentó el doctor, intentando bromear. Y añadió, ahora más serio: —Empiezo a sospechar que nuestra misión va a resultar más difícil de lo que suponíamos. Si no fuera Percy Copper en persona quien viniera con nosotros, desde luego...

Interrumpióse de pronto al advertir que el cazador levantaba el brazo y luego lo abatía, dándoles a entender que se agacharan.

Obedecieron en el acto, justamente en el momento en que Percy Copper se colocaba el rifle en ristre, salía de la senda y, corriendo, se precipitaba en la espesura.

Medio minuto después, el estruendo de un disparo imponía su trueno sobre los otros mil sonidos del inmenso bosque. Después, mezclado con un poderoso rugido, otro grito, éste emitido por una garganta humana,

llegó claramente hasta ellos.

Desde donde se encontraba, Lilian Bruce pudo ver que a unas veinte yardas por delante de ellos, los arbustos próximos al sendero se agitaban como si alguien tratara de abrirse camino entre ellos.

Muy nerviosa, esperó a que quien quiera que fuese lograra su propósito y, por fin, cuando ya se disponía a tomar su rifle y acercarse al lugar, la conocida figura del cazador apareció ante sus ojos.

Aunque no venía solo. Sino sosteniendo en sus brazos el inconsciente cuerpo de un negro que sangraba abundantemente por una herida que partía del cuello y abarcaba todo su hombro derecho.

—¡Eh, Doc! —llamó el cazador, con voz potente—. Acerca el botiquín. ¡Deprisa!

Mientras el doctor corría a cumplir el encargo, Lilian Bruce se incorporó también para acercarse al cazador. Este se había arrodillado y sobre el musgo del suelo acababa de depositar el cuerpo que trajera en sus brazos.

—Aquí tiene usted un suertero massai, señorita

—pronunció él, mientras con rara, habilidad procedía a librar la cabeza del herido de la corona de plumas de avestruz que llevaba puesta. Colocóle a continuación una mano sobre el corazón y tras unos segundos de esperar, añadió: —Todavía vive. Quedará marcando para siempre, pero se salvará.

Levantó la vista para mirar a su amigo, que en aquel instante se arrodillaba junto a él y apremió:

—Cúrale rápido, Doc. No tardaremos mucho en estar rodeados de guerreros y para entonces es preciso que hayas acabado. De lo contrario...

Súbitamente, Lilian Bruce dejó escapar un grito de sobresalto. El cazador acababa de agarrarla por un brazo y de un fuerte tirón la atrajo hacia él. Casi al mismo tiempo, la mano libre de Percy Copper se movió independientemente de la otra y el revólver que pendía de su cinturón escupió una onza de plomo.

Instintivamente, al estruendo, la muchacha se abrazó al cuello de él. Luego, sin abandonar su reclinatorio sobre el poderoso pecho, sólo tuvo que volver la cabeza para comprender lo que había ocurrido.

En el suelo, justamente donde ella se encontraba unos segundos antes, aparecía ahora el desmadejado y escamoso cuerpo de una cobra, con la cabeza agujereada de un balazo.

—Para haber vivido tanto tiempo en la selva —le reprochó él, mientras la depositaba en tierra—, se confía usted demasiado, señorita. En lo sucesivo procure no distraerse por nada. Es el único medio que se conoce de conservar la vida en estas latitudes... ¿Cómo va eso, Doc? Los monos han dejado de chillar y eso quiere decir que los massai se están

acercando... ¡Vamos, hombre! ¡Aligérate!

—Estoy terminando, Percy —respondió el doctor. Y ella pudo notar que el galeno no daba muestras de estar ofendido por la forma en que había sido tratado, cuando añadió: —Ha sido un verdadero milagro que no le degollaran... Un leopardo, ¿verdad?

—Sí. Le descubrí cuando ya había saltado y no pude evitar que cayera sobre él. Menos mal que acerté al primer disparo.

Mientras hablaba, los ojos del cazador no dejaban de avizorar a su alrededor. Incluso con la nariz y los oídos oteaba el ambiente tratando de descubrir la más mínima señal de alarma.

Lilian Bruce le observaba en silencio. Le vio cómo hacía una seña en dirección al camino y casi instantáneamente, el mulak y los porteadores abandonaban su inmovilidad para avanzar a su encuentro.

—Quedaos junto a mí sin hacer ningún ruido —pronunció en voz baja—. Nos están empezando a rodear.

Entretanto, el doctor Rolfsen había dado fin a la cura del herido, el cual empezaba a respirar con más regularidad que antes.

—Pronto abrirá los ojos —anunció el galeno, mientras se dedicaba a guardar en su maletín los utensilios que había utilizado—. Por suerte para él...

Un gesto del cazador le hizo callar. A su alrededor todo había quedado en silencio repentinamente. Después, mientras Percy Copper colocaba a la muchacha detrás de él para protegerla con su cuerpo...

De entre la espesura comenzaron a surgir gran número de salvajes que, casi sin hacer ruido, empezaron a rodearles.

Se trataba de guerreros massai, inconfundibles a causa de sus escudos abigarrados, los espadones de pesada punta y las descomunales lanzas de hierro que tan diestramente sabían manejar.

Todos tenían el cabello fino y suave, el cutis claro, la nariz ancha y abultados los labios. En cuanto a su vestuario, era el que usaban cuando estaban en guerra: Un largo paño con una faja en el centro; un anillo de cuero bien de piel de cabra o de mono, alrededor de cada tobillo, y en la cabeza, la clásica corona de plumas de avestruz.

Sin embargo, a pesar de su fiero aspecto, saltaba a la vista que no pretendían hacerles daño. Pero aquello ya lo sabía Percy Copper, gracias a su conocimiento de los acordes del gudu que había oído.

Si se movió hacia un lado, dando ocasión a que el cerco se cerrara más, fue por otra razón. Simplemente, para que los que estaban en primera fila pudieran ver bien al guerrero herido, que seguía en el suelo.

Y consiguió su propósito.

Uno de los massai extendió el brazo con el que empuñaba la lanza y gritó algo en su idioma. Al momento...

Un fornido guerrero, con grandes pendientes en sus orejas y dos

chirlos a modo de tatuaje en ambas mejillas, se apartó de los demás para aproximarse al caído. Durante un minuto permaneció arrodillado junto a él y, por fin, incorporándose, gritó:

—Induna.

Al oír aquella palabra, todos empezaron a gritar. Así, hasta que el que se hallaba junto al herido agitó su escudo en el aire. Inmediatamente se hizo de nuevo el silencio, y el de los pendientes volvió a pronunciar algunas palabras.

—Estamos de suerte —dijo el cazador, hablando en voz baja—. El herido es nada menos que el subjefe de la tribu. Se han dado cuenta de que le hemos curado y a cambio de ello nos conducirán hasta el poblado sin atamos.

Y así fué. Minutos después, el herido era colocado en una improvisada machilla que, a modo de litera, se encargaron de conducir cuatro guerreros. En cuanto a ellos, rodeados por una veintena de massai, les indicaron con señas que echaran a andar.

Percy Copper conocía perfectamente su lenguaje. Pero se mantuvo callado, en espera de que llegara la ocasión de hablar.

Naturalmente, les habían quitado las armas. Aunque el cazador no pareció darle mucha importancia a aquello. Lo que a él le interesaba era llegar cuanto antes al kraal de Chikondo, al que ya sabía pertenecían sus aprehensores.

Pero tardaron dos horas en alcanzar el poblado, constituido por un centenar de chozas abovedadas y de planta alargada. El río Mara pasaba cerca de allí, al final del calvero donde estaba situado el kraal.

Es costumbre entre los massai, cuando están en guerra, que los prisioneros sean conducidos directamente a una choza destinada de antemano a prisión, para que el hechicero de la tribu elimine a los malos espíritus que puedan traer con ellos, antes de que el jefe dicte su sentencia.

Aunque antes tienen que pasar entre dos filas formadas por todos los habitantes del poblado. Así fué como Lilian Bruce pudo contemplar a sus anchas a un pueblo massai. Mientras avanzaban por en medio del pasillo que habían formado, se dió cuenta de que todos usaban profusión de collares y manguitos de hierro, cobre o latón. Otros usaban espirales de alambre en las sienes y, los menos, pendientes. En cuanto al vestuario, los hombres iban desnudos o con una simple capa de cuero, colgada de los hombros. Las mujeres, en cambio, usaban una ancha túnica de cuero de toro, curtida y suave.

Y por fin llegaron a la choza que les habían destinado. Aunque no era muy grande, cabían en ella perfectamente.

—Sentémonos —indicó el cazador, empezando por hacerlo él el primero. Se encaró después con la joven y advirtió—: Usted, señorita,

ponga atención a lo que le voy a decir: es muy importante. Cuando venga el hechicero haga lo posible por no impresionarse, haga lo que haga. Tratará de asustarla con sus trucos, pero no debe conseguirlo. ¿Me ha comprendido?

—Desde luego. Haré lo posible porque así sea. ¿Lo considera muy difícil?

—Todo depende de su nariz. Nos ha demostrado que posee valor, pero en este caso se necesita, además, tener estómago. Se lo advierto, porque va a oler ciertos perfumes que... ¡Cuidado! Empieza la función.

En el exterior, unos pasos fueron acercándose a la choza. Poco después, la estera que hacía de puerta se apartó a un lado y, envuelto en una nube de humo pestilente, el hechicero hizo su aparición.

Sobre la cabeza llevaba una máscara de horripilantes facciones. En el descubierto pecho, dos cadenas, cuyos eslabones eran huesos de diferentes animales, cruzadas en sentido diagonal. Y alrededor del vientre, un cinturón hecho de pequeñas cazoletas de barro cocido, de cada una de las cuales se desprendía un humo acre y áspero.

Lilian Bruce comprendió entonces por qué la había avisado el cazador. A medida que las columnas de humo de las distintas cazoletas se iban mezclando, el olor que se esparcía por el interior de la choza era cada vez más insoportable.

Respirarlo y permanecer impasible, como veía al cazador y a su amigo, resultaba tan difícil para ella que pronto llegó a la conclusión de que le sería imposible. Tenía ya revuelto el estómago y comenzaba a sentir fuertes náuseas.

Intentó dominar aquel cada vez más imperioso deseo de librar su estómago de lo que llevaba dentro, y cuando ya creía que no podía resistir más, una ráfaga de aire puro entró en la choza.

Ansiosamente dirigió la vista hacia el hueco de la puerta por la que entraba el aire que tanto necesitaba. Pero entonces...

La contracción muscular de sus facciones desapareció de súbito. La repugnancia que se retrataba en ellas dió paso a un gesto de increíble sorpresa. Y después...

—¡Herbert! —exclamó, dando rienda suelta a su estupor—. ¡Pero si es Herbert! ¡Herbert Mason!

CAPÍTULO IV

¡EL AYAGAY!

IMITANDO a la muchacha, al notar que la estera que tapaba la entrada se movía, tanto Percy Copper como el doctor volvieron la cabeza. Como ellas también trataron de aspirar un poco de aire puro. Aunque no tuvieron tiempo.

La inesperada aparición de un hombre blanco y, sobre todo, las palabras pronunciadas por la joven, les produjo tal sorpresa que se les olvidó respirar. Sorpresa que aumentó si cabe, al ver cómo el recién llegado hacía una seña al hechicero y éste, obedeciendo en el acto, salía de la choza. Después...

—¡Lilian! —le oyeron decir, aproximándose a la muchacha—. ¿Pero es posible que seas tú? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Al desaparecer el hechicero, el pestilente aroma se esfumó en pocos segundos. Los necesarios para que Lilian Bruce, vencidas ya sus náuseas, pudiera decir:

—Tus preguntas no tienen importancia ahora, Herbert. En cambio, la que yo voy a hacerte a ti, sí. Dime: ¿qué haces entre los massai y por qué te obedece hasta el hechicero?

El llamado Herbert Mason sonrió al oír la pregunta, como si la esperase de antemano. Luego respondió:

—No es a mí a quien obedecen, Lilian. Sino a esto.

Y llevándose las manos al cuello mostró, ante los asombrados ojos de la muchacha, un rarísimo collar del que pendía una piedra verde, toscamente tallada, pero muy refulgente.

—Este es el amuleto sagrado del dios Ngai —explicó, dirigiéndose a la joven y sin dignarse mirar a los otros dos que se le hablan acercado. Eran Percy Copper y el doctor Rolfsen, que siguieron escuchando. —Me lo entregó hará cosa de tres meses el gran hechicero de los massai, pero ojalá no me lo hubiera puerto. Desde entonces todos me obedecen sin rechistar, más en cambio no puedo salir de su territorio. De hecho soy su prisionero, aunque con prerrogativas extraordinarias.

—¿Quieres decir que te vigilan? —preguntó la joven.

—Aquí no. Sólo cuando me alejo de sus poblados.

—Pero puedes recorrer el territorio libremente, ¿no?

—Pues sí. Soy el encargado de recoger las ofrendas que se hacen al dios Ngai y... ¡Silencio! Oigo acercarse a alguien y debo marcharme. De todas formas, queda tranquila. Nada te ocurrirá.

Inició el gesto de retirarse, pero ella le agarró por el brazo.

—Un momento, Herbert —pronunció—. ¿Se puede saber por qué singularizas? ¿Es que no has visto que vengo acompañada?

Herbert Mason miró por primera vez a los que aparecían junto a la joven. Pero no les dijo nada. Fué a ella a quien se dirigió, cuando declaró:

—A tus compañeros blancos creo que podré salvarlos. En cambio a los kuasi... Seguiremos hablando en otro momento. Ahora no puedo entretenerme más.

Y salió.

Fué entonces cuando el cazador abrió por primera vez la boca para encararse con la joven.

—El rey Chikondo está a punto de llegar, señorita —manifestó—. Prométame que no dirá nada a su amigo de nuestros propósitos. Es muy importante.

Lilian Bruce puso cara de sorpresa.

—¿Acaso sospecha que pueda ser él...?

—Por favor. No haga preguntas —la interrumpió el cazador, impaciente—. Prométame lo que le pido y no se preocupe de lo demás.

—De acuerdo entonces. Prometo no decirle nada.

—Gracias. Ahora siéntese donde estaba y no se mueva. ¡Ah! Y no se asombre, vea lo que vea. ¿Entendidos?.. A nuestros sitios, Doc —siguió diciendo, dirigiéndose a su amigo, sin esperar la respuesta de ella.

Tuvieron el tiempo justo para sentarse. Apenas acababan de hacerlo, cuando de nuevo apartóse la estera de la puerta a un lado. Inmediatamente después, entraron dos guerreros massai portando sendas antorchas en sus manos, con lo que la choza quedó ahora perfectamente iluminada. A continuación entró el hechicero, esta vez con las cazoletas apagadas, y detrás de él, mi rechoncho negro vistiendo los atributos de su rango: una especie de turbante hecho de piel de mono y numerosos anillos de alambre alrededor del cuello, adornado ya con profusión de collares de todas especies.

Se trataba del rey Chikondo que, con arreglo al rito de su pueblo, venía a ver a los prisioneros, antes de dictar su sentencia.

Orgullosamente empezó por mirar a la joven, que era la que tenía, más cerca. Siguió su inspección mirando ahora a los portadores kuasi, luego al doctor, y finalmente al cazador.

Al espíritu observador de la muchacha no le pasó inadvertido un detalle: Percy Copper había ocupado su puesto como si supiera de antemano que él sería el último en ser inspeccionado.

Y así debió ser porque, justamente cuando a él le tocó el turno, contrariamente a la apatía observada por los demás, le vió cómo de un salto se ponía de pie para encararse con el reyezuelo, en cuyo rostro acababa de aparecer un gesto de sorpresa.

—¡El *induna* blanco! —oyó que exclamaba el negro, en un inglés chapurreado.

—Sí, Chikondo —respondió el cazador, ante el creciente asombro, no sólo de la joven, sino del propio hechicero y los otros dos massai que empuñaban los mellones—. Soy el *induna* blanco. Y la recepción que me has hecho no corresponde a la que yo te hice en Busamba no hace mucho. ¿Te acuerdas?

Saltaba a la vista que el régulo estaba impresionando. Tanto, que se excusó, siempre en su defectuoso inglés:

—Chikondo lamenta que mis guerreros no te conocieran. —Luego, como si de pronto recordara algo, añadió—: ¡Ahora comprendo por qué mi hijo sigue con vida! Sólo tú podías salvarle del gato sagrado.

El gato sagrado de los massai es el leopardo. Corrientemente se dejan matar si son atacados por ellos, ya que consideran sus zarpas como los brazos del dios Ngai.

Esta vez el cazador no respondió. Si realmente el reyezuelo se sentía en deuda con él, esperaba algo más práctico que una disculpa.

Y así fué.

Súbitamente, el cacique massai se volvió hacia el hechicero. Pronunció unas palabras en su propio lenguaje y, luego, haciendo una seña al cazador, le indicó la puerta.

Pero Percy Copper no se movió. A su vez señaló hacia los que habían venido con él y pronunció, ahora en lenguaje massai:

—Te olvidas de mis amigos, Chikondo. La reina blanca no nos perdonaría, ni a ti ni a mí, si les ocurriera algo malo.

Al oír aquellas palabras, el rostro del rey negro se ensombreció.

—El pueblo massai no tiene nada con los de tu raza, *induna*. Que te acompañen ellos, pero los kuasi han de morir —pronunció con firmeza.

Aquello era exactamente lo que el cazador esperaba.

—Me alegro que hayas sacado eso a relucir, Chikondo —declaró, avanzando unos pasos hasta colocarse junto al régulo—. Precisamente venía a visitarte para preguntarte las causas que os han llevado a declarar la guerra a los kuasi. La reina blanca quiere saberlo para intervenir... si vuestras razones no son justas.

El reyezuelo mostró su dentadura blanca y perfecta al responder:

—La reina blanca no debe intervenir en esto, *induna*. El crimen de los kuasi somos nosotros quienes lo hemos de castigar.

—¿De veras? ¿Qué crimen han cometido? ¿Se puede saber?

—A ti te lo puedo decir, *induna*. Conoces nuestras costumbres y lo

comprenderás. Escucha: se trata del tesoro del dios Ngai. Los kuasi lo robaron hará cosa de un mes... ¿Conocías a su rey Levanika?

—Sí. Continúa.

—Pues bien, en su *kraal* aparecieron varias piedras del tesoro. Nuestro gran jefe Sambanza ordene destruir su poblado, creyendo que así se recuperaría el resto, pero ya no estaba allí. Los kuasi han debido esconderlo en otra parte. ¿Comprendes ahora por qué les hemos declarado la guerra?

Mientras escuchaba, Percy Copper no dejaba de reflexionar. Al oír mencionar el tesoro del dios Ngai, una profunda arruga se había formado en su frente. La noticia tenía más importancia de lo que parecía a simple vista. Sin embargo...

—Un momento, Chikondo —dijo de pronto—. Creo lo que estás diciendo, a pesar de que no deja de ser muy raro. Ahora bien, según tengo entendido, vuestro supremo hechicero es el único que conocía el lugar exacto del emplazamiento del tesoro. ¿No encuentras muy difícil que les kuasi, precisamente los kuasi, hayan sido los ladrones?

—Desde luego. Pero de lo que no hay duda es de que lo robaron. Y la mejor prueba de su culpabilidad es que las únicas piedras recuperadas han sido halladas precisamente en uno de sus poblados.

—Efectivamente, es una buena prueba. Pero de todas formas no tendré más remedio que continuar hasta el Pico de Muusilo para hablar con vuestro hechicero. Supongo que es el único que podrá darme más detalles.

Chikondo se estremeció.

—Lo siento, *induna* —respondió, esforzándose por aparecer lo suficientemente digno—. Estando en guerra, ningún hombre blanco puede acercarse allí.

—¿Ni siquiera como «ayagay»?

Desde donde se encontraba, Lilian Bruce percibió claramente cómo al oír aquella palabra, el hechicero y los que alumbraban con los hachones se miraban entre sí, asombrados.

El propio Chikondo parpadeó varias veces.

—No te comprendo, *induna*. ¿Tanto te interesa ir allí que pretendes recurrir a ese extremo?

—Así es, Chikondo —respondió el cazador, muy serio—. La reina blanca ha de saber la verdad. ¡Si no existe otro medio!

—Sabes muy bien que es el único, *induna* —declaró el reyezuelo, a todas luces preocupado—. Sin embargo, aunque tu nombre es famoso en toda la selva, el «ayagay» es algo que nadie ha logrado resistir.

—Los que lo intentaron antes no se llamaban Percy Copper, Chikondo. Da las órdenes oportunas y te convencerás.

—Está bien, *induna*. Daré las órdenes necesarias si así lo quieres. No

obstante dispones de toda la noche para meditarlo. Si te arrepientes...

—Los *indunas* de la reina blanca no se arrepienten nunca de sus actos, Chikondo —le interrumpió el cazador, sin dejarle acabar. Y añadió: —Supongo que ahora permitirás que los *kuasi* continúen conmigo, ¿verdad?

—Como aspirante al «ayagay» todo lo tuyo es «tabú» para nosotros hasta que la ceremonia haya terminado. Si vences seguirás siéndolo, pero si no es así...

—Lo sé, Chikondo. Si pierdo, no sólo moriré yo sino también mis compañeros. De todas formas, estoy decidido. Y a propósito. Chikondo. ¿Recuerdas los tubos *Nzalam*⁷ que tanto te impresionaron cuando estuviste en Busamba? Pues la reina blanca los empleará contra ti y los tuyos si no obráis con lealtad. No lo olvidéis.

En el rostro del régulo apareció un gesto de preocupación. Dos meses antes, durante la reunión anual de todos los jefes de tribu en Busamba, había presenciado los ejercicios de tiro de una agrupación de artillería inglesa. Y el recuerdo de lo que eran capaces de hacer aquellas armas le llenó de desazón.

—Eso no es justo, *induna* —protestó—. Has sido tú quien ha solicitado el «ayagay» y si, como es natural, sales derrotado, la reina blanca puede creer que hemos sido nosotros los que...

—No temas por eso, Chikondo —le cortó el calzador, que ya empezaba a encontrar pesada la conversación—. Si pierdo, pero sin hacer trampas por vuestra parte, la reina blanca no tomará represalias... Y ahora ordena que nadie nos moleste. Hemos caminado mucho y necesitamos descanso. Si no tienes inconveniente, aquí mismo pasaremos la noche.

Por toda respuesta, el reyezuelo se tocó la barbilla con el puño cerrado y se dirigió hacia la puerta. El hechicero salió detrás de él, finalmente, después de colocar los mellones en la pared, lo hicieron los dos guerreros.

Lilian Bruce no había entendido una palabra de toda la conversación. De ahí que parpadeara asombrada al oír de pronto exclamar al doctor:

—¡Percy! ¿Pero es que te has vuelto loco? Nadie ha vencido nunca en el «ayagay» Te matarán impunemente y luego harán lo mismo con nosotros... No, no es que tenga miedo. En realidad temo más por ti que por mí. Nuestras muertes serían rápidas, pero la tuya...

—Tranquilízate Doc —le interrumpió el cazador, mientras le empujaba hacia su sitio—. En previsión de que alguna vez llegara esta ocasión, he practicado bastante las cinco pruebas. Si no hacen trampas estoy seguro de vencer... Usted, cállese ahora, señorita —se dirigió a la muchacha, que en aquel momento iba a abrir la boca para decir algo—. Si está intrigada, tenga paciencia. Mañana lo comprenderá todo. Ahora a

comer un bocado y a descansar unas horas. A todos nos conviene.

Fué inútil que ella insistiera tratando de enterarse de lo que sucedía. Tanto el cazador como su amigo no quisieron complacerla. Incluso los *Kuasi*, aunque mostraban una expresión de terror en sus ojos, parecían haberse quedado mudos.

Y por fin se dispusieron a descansar. Había caído la noche y...

A excepción de los antílopes, todos los animales de la selva son de hábitos nocturnos. De ahí que de noche, nada esté parado en el bosque.

Creeríase sofocado el ruido en la densidad de los árboles, pero no es así. Cada tronco es un poste de resonancia que vibra al ruido de las innumerables formas de vidas, ocupadas en procurarse sustento.

Si uno permanece despierto, escuchando, son tan múltiples, tan simultáneos, y llegan de tan lejos los ruidos que el oído percibe, que apenas pueden distinguirse sonidos separados. Únicamente se tiene conciencia de un zumbido universal, de gritos y crujidos entre los arbustos, que, a intervalos, parecen reducidos al silencio por el chillido del perezoso, más y más fuerte a cada instante, hasta estallar en un frenesí de pasión.

A veces, mezclado con su nauseabundo olor, llega claramente hasta uno el himplar de la hiena, que merodea alrededor del campamento en busca de carroña. Y en ocasiones como ocurrió aquella noche a Lilian Bruce, se percibe un ruido semejante a la lluvia que golpea en el techo.

—No, señorita —oyó la joven que decía el cazador—. No llueve. Lo que oye son miles de hormigas que se mueven entre la pala de que está hecha la cabaña.

A la mañana siguiente, cuando el sol asomó por encima de los árboles, el enorme calvero donde se encontraba instalado el *kraal massai* adquirió súbito movimiento.

Una inusitada actividad parecía haberse apoderado de todos sus habitantes. Incluso a la chiquillería se la notaba presa de gran excitación.

De haber podido captar la escena en conjunto, se hubiera observado que los únicos que no mostraban agitación eran precisamente los que ocupaban la choza destinada a los prisioneros.

Y así era en efecto. Seguían todos ocupando sus respectivos lugares, donde pasaran la noche, aunque en su interior, con la sola excepción del eje alrededor del cual giraba todo aquel bullicio, se sentían dominados por extraña congoja.

El doctor Rolfsen y los *kuasi* por saber lo que se avecinaba. Y Lilian Bruce por todo lo contrario.

Ninguno se atrevía a despegar los labios. Recogidos en completo silencio miraban al cazador que, como si tal cosa, seguía acostado,

Lilian Bruce no recordaba haber pasado en su vida peores momentos.

Pero se ensañaba. Faltaban pocos minutos para que los viviera peores. Empezó a adivinarlo cuando...

La hasta entonces inmóvil fisura de Percy Cooper adquirió súbito movimiento. Cuando menos se lo esperaban, de un salto se puso de pie. Luego, con voz perfectamente serena, pronunció:

—Arriba todo el mundo. Va a empezar la función... Tú, Doc, cuida de la señorita. Y en cuanto a usted —se encaró con ella—, si nota que la flaquea el valor, cierre los ojos. Cualquier cosa menos darles a entender que tiene miedo. ¿Puedo confiar en usted?

—Desde luego —respondió la muchacha, aunque teniendo que hacer un esfuerzo para disimular su inquietud—. Ignoro qué es lo que va a ocurrir, pero sea lo que sea, trataré de no defraudarle.

—Ojalá sea así. Empezando por mí, todos saldremos ganando si lo consigue. Y ahora prepárense. Oigo ya a los que vienen a buscarnos.

Todos se miraron extrañados. Resultaba difícil creer que entre el griterío y además ruidos que llegaban del exterior, alguien pudiera distinguir el de unos pasos que se acercaban.

Sin embargo, pronto se convencieron de ello. Al cabo de un minuto escaso, los dos guerreros de la noche anterior irrumpieron en la choza. Uno de ellos señaló con el dedo hacia el cazador y anunció:

—«Ayagay» preparado, *induna*.

Percy Copper hizo entonces algo raro. Primero mostró las palmas de sus manos abiertas. Dibujó después en el aire un círculo imaginario alrededor de sus amigos y por último, sin mirar atrás, echó a andar hacia la salida.

La segunda sorpresa que esperaba a Lilian Bruce fué la de comprobar que ninguno de los guerreros que hablan entrado se marchaba, acompañando al cazador como era de suponer. En cambio los vió cómo, por medio de señas, les indicaban a ellos que desalojaran la choza.

Al primer choque de sus ojos con la luz del sol, Lilian Bruce se vió obligada a cerrarlos. Apoyada en el brazo del doctor anduvo a ciegas unos pasos, antes de abrirlos de nuevo. Y lo primero que vió...

A penas diez yardas de distancia delante de ella, dos guerreros *massai* se dedicaban a la operación de desnudar a Percy Copper de cintura para arriba.

Pero lo que llamó la atención de la muchacha fué la forma en que lo hacían; arrancándole la camisa a tirones repentinos unas veces por la izquierda y otras por la derecha, como si con ello pretendieran hacerle perder el equilibrio.

Y así era. El prólogo del «ayagay» consistía precisamente en que el aspirante a la singular prueba, firme y rígido como una estatua, se mantuviera en su postura, sin moverse, mientras duraran los tirones que dos guerreros necesitasen para arrancarle la ropa que cubriera su tórax.

Y Percy Copper venció aquel preámbulo. Lilian Bruce lo comprendió así, cuando una vez al descubierto el poderoso pecho del cazador, los dos *massai* que los conducían a ellos, les indicaron con una seña que siguieran adelante.

Ahora los hicieron pasar por entre dos filas de salvajes, al centro de la explanada, alrededor de la cual se agrupaba todo el pueblo.

En el extremo norte de ella, sobre una especie de tronco elevado, el rey Chikondo ocupaba la presidencia. A ellos los condujeron al extremo opuesto, obligándoles a tomar asiento en el suelo, delante de la primera fila de espectadores.

El doctor Rolfsen y ella en medio, mientras el *mulak* Wazindi y los cuatro portadores lo hacían repartidos a ambos lados de ellos.

Apenas se habían sentado, cuando el tañido de un tambor oculto dejó oír sus sonos por encima de sus cabezas. En el acto, por la derecha, de la dirección del sol, irrumpieron en la *kiota*, o plaza, diez robustos guerreros *massai*, vestidos simplemente con un pequeño taparrabos.

El que iba a la cabeza, casi un gigante, se acercó a una gran roca que se veía en el centro y, tras lanzar un potente grito, pronunció:

—¡Ol soid!⁸

Como contestando a su reto, pues era lo que acababa de hacer, una esbelta y agilísima figura surgió a su izquierda corriendo y se detuvo junto a él.

Lilian Bruce reconoció en el acto a Percy Copper. Desnudo ahora de cintura para arriba, el más perfecto atleta hubiera sentido envidia de su cuerpo.

Con la camisa puesta resultaba difícil hacerse una idea de la constitución física del cazador. Pero ahora...

Arrancando del cuello, sus amplios y poderosos hombros se mostraban en todo su desarrollo. Luego, descendiendo hacia la estrecha cintura, la triangular caja torácica, en la que los abultados bíceps y tríceps parecían querer estallar la piel, le daba un aspecto mezcla de gladiador y Adonis griego.

Lilian Bruce hubiera permanecido contemplándole sin cansarse, pero en aquel momento el guerrero entró en acción inclinándose hacia el pedrusco, sobre el que había colocado antes su pie desnudo, lo abarcó ahora con los brazos. Tiró a continuación de él hacia arriba y tras izarlo sobre su cabeza, lo proyectó a unas cinco yardas de distancia.

Un segundo después, de las gargantas de los espectadores brotó un enorme griterío. La piedra lanzada no debía pesar menos de cien libras, con lo que la exhibición del guerrero podía considerarse como una verdadera hazaña.

Pero el griterío cesó de pronto. Guando el cazador echó a andar hasta llegar a— donde había caído la piedra.

Sin pronunciar palabra se inclinó como lo había hecho el otro y tomándolo exactamente de la misma forma lo levantó por encima de su cabeza.

La primera parte le había salido bien. Ahora faltaba la segunda: alcanzar la misma distancia que el massai, el cual se había colocado en el punto exacto de donde la arrancara.

Durante unos segundos, en el amplio calvero no se oyeron otros ruidos que los que hacían los monos sobre los árboles. Y de pronto...

Percy Copper dió a sus brazos un pequeño vaivén y el pedrusco voló por los aires justamente cuando a los oídos de Lilian Bruce llegaban estas palabras, pronunciadas por él:

—Lo siento, amigo. Pero no tengo más remedio.

En el acto tuvo que cerrar los ojos. La piedra arrojada por el cazador acababa de chocar contra el cuerpo del massai que hizo un gesto inútil tratando de detenerla. Empujado violentamente por ella, el sorprendido guerrero fué proyectado hacia atrás, como si hubiera sido alcanzado por una bala de cañón.

Contra lo que esperaba Lilian Bruce, esta vez no gritó nadie. Sólo se oyó un murmullo de asombro y de nuevo se hizo el silencio.

El oculto tambor empezó de nuevo a sonar.

De la misma dirección que había traído el cazador al salir, surgieron cuatro fornidos negros que, moviéndose con rapidez, se llevaron al vencido massai y a la piedra que lo había aplastado.

A continuación, el segundo guerrero de la fila que ocupaba la parte central de la kiota, avanzó hacia el cazador. En su mano derecha llevaba una gran banasta que, al levantarla, se vió que no tenía fondo.

Con ella en alto llegó junto a Percy Copper y pegándose a él la pasó por encima de sus cabezas, haciéndola correr hasta que descansó en el suelo.

Los dos hombres quedaban ahora encerrados en un estrecho círculo de mimbres en el que resultaba muy difícil moverse, ya que al llegarles a la altura de las rodillas, si tropezaban en él perderían el equilibrio.

Como hipnotizados, Lilian Bruce, el doctor y los kuasi, observaron lo que el massai hacía entonces.

Se trataba de un hombre con unos brazos extraordinariamente largos, como consecuencia sin duda, de haber practicado mucho aquel ejercicio. Consistía en...

A una seña del negro, los dos hombres abrieron los brazos en cruz para, casi a continuación, cerrarlos el uno sobre el otro a manera de abrazo.

El problema estribaba ahora en que uno de los, dos antagonistas sacara al otro de la banasta, vivo o muerto.

Y empezó la lucha.

Dando muestras de mucha práctica, el massai, mientras que con uno de sus largos brazos rodeaba la cintura del cazador, fué descendiendo el otro hasta colocar la mano abierta por debajo de la pernera de su enemigo. Luego dió un tirón hacia arriba, consiguiendo despegarle del suelo.

Los espectadores agrandaron los ojos, esperando ver de un momento a otro como el hombre blanco era derrotado por el hasta entonces invencible técnico de aquella prueba.

Sin embargo, empezaron a pasar los minutos y Percy Copper no salía de la macona. Intrigados a más no poder, nadie comprendía cómo era posible que el massai no le hubiera sacado ya. Aunque había una explicación.

Percy Copper, que se reconocía menos hábil que el otro en aquella clase de lucha, había confiado su suerte a la fortaleza de sus músculos. Más alto que el negro, cuando el otro descendió el brazo hacia su pernera, se limitó a batir los suyos hasta cerrarlos alrededor de la cintura del massai. Luego ya no se preocupó de otra cosa que de apretar. Vencido el primer tirón de su contrincante le dejó exhalar todo el aire que al esfuerzo tuvo que expeler de sus pulmones, Y entonces...

Aquello era lo que no se veía. Que medio asfixiado por el cada vez más prieto dogal que le impedía respirar, el negro se encontraba impotente para sacar nuevas fuerzas. Y lo que era peor...

Percy Copper seguía apretando, apretando, hasta que notó que los brazos que le sujetaban dejaban de hacer presión. Entonces, con un súbito movimiento, izó el cuerpo que estrujaba; esperó a verlo fuera de la banasta y por último lo arrojó lejos de sí.

El vencido guerrero massai fué a caer a dos yardas de distancia, completamente asfixiado. Era la segunda victoria del cazador.

La tercera prueba ofrecía más dificultades. Ahora eran dos los enemigos con los que tenía que luchar.

Cada vez más preocupada, pero también sintiendo que su admiración por el cazador iba en aumento. Lilian Bruce observó cómo saltaba de la macona para dirigirse al encuentro de los dos que acudían ahora a la liza.

Uno de ellos iba armado de lanza y escudo. Y si ya de por sí todos los massai tenían fama de habilísimos lanceros, aquel daba la impresión de serlo aún más.

Por lo que se refiere al segundo, en vez de armas llevaba un simple recipiente de barro. Aunque...

Llegado que hubo a la altura del cazador, procedió a hacer una extraña maniobra.

Tras acotar con cuatro pequeños guijarros un trozo de explanada, aproximadamente de unas veinte yardas en cuadro, volcó en el suelo,

pero en dos sitios distintos, el contenido de la vasija.

En el acto, Lilian Bruce se estremeció horrorizada. Acababa de reconocer en las manchas negras que se movían ahora por el suelo, las peligrosas y repugnantes figuras de una docena de tarántulas.

Esta clase de araña fuerte y vigorosa de patas robustas y largas, con acerados y grandes ganchos venenosos situados en la parte anterior de su cuerpo, donde los palpos simulan patas, constituye uno de los bichos más repulsivos de la fauna nemoral.

Acostumbra a estar en todas partes. Lo mismo colgada de los árboles, donde teje sus resistentes redes con la que se procura carnaza de otros insectos, como en las rocas, incluso escondidas entre las lletas que brotan del suelo.

En estas condiciones resulta muy fácil pasar por su lado sin verlas. Y, por lo tanto, ser atacados sin darse uno cuenta. En cambio ahora, completamente libres en un suelo despejado, si bien se podía evitar las con más facilidad, el simple pensamiento de su presencia bastaba para alterar los nervios del más templado.

Lilian Bruce se preguntaba qué papel podían jugar aquellos peligrosos insectos en el lance que se avecinaba. Aunque pronto lo supo.

El que llevaba la lanza la depositó en el suelo, fuera del terreno acotado, haciendo luego lo mismo con el escudo en el extremo opuesto. Después...

A una nueva señal del tambor, los dos massai se colocaron formando una cruz, con respecto a las armas.

Una vez cada uno en su puesto, el tambor redobló dando la señal y en el acto...

Los dos guerreros echaron a correr a toda la velocidad de que eran capaces, uno en dirección a la lanza y el otro del escudo.

El problema que se le planteaba a Percy Copper era decidirse por uno de los objetos y procurar apoderarse de él, antes que lo hicieran sus enemigos.

Ahora bien: el cazador sabía que tanto la lanza como el escudo habían sido impregnados antes de un jugo de cierta planta, cuyo olor atraía poderosamente a las peligrosas tarántulas. Sabía también que mientras él, apenas tocase uno de los dos objetos quedaría contaminado de aquel aroma de atracción para las venenosas arañas, los dos guerreros massai, en cambio, eran ungidos de un opóleo de efectos contrarios. Y lo que era peor: ahora iba tan desnudo como ellos. Descalzo y con el pantalón cortado a ras del muslo, su cuerpo presentaba un magnifico campo a las mordeduras de las tarántulas o a las lanzadas con que tratarían de aniquilarle si cualquiera de ellos se apoderaba del peligroso venablo.

No obstante tenía que decidirse. Y lo hizo, atento a un plan que por

anticipado se había forjado. Apenas vió que los dos massai echaban a correr en busca de sus respectivos objetivos, sus largas y flexibles piernas se pusieron también en movimiento.

A todo correr se dirigió a donde se encontraba la lanza, próxima ya a ser alcanzada por las arañas. Llegó junto a ella un segundo antes de que lo hiciera el negro, que pretendía lo mismo. De un zarpazo la levantó en el aire, saltando al mismo tiempo para evitar el ataque de las tarántulas y, luego, ante el asombro de todos los presentes, hizo lo que menos se esperaban todos, precisamente por lo difícil que era si se tenía en cuenta la rapidez con que había de actuar.

Agarrando el asta con una mano en cada extremo, golpeó en el centro contra su rodilla derecha. Al impacto se partió en dos pedazos; arrojó lejos de sí el trozo carente de punta y, sin titubear, seguro de sus fuerzas, rompió ahora, la otra mitad.

En su poder quedó únicamente la punta de hierro con un pequeño trozo de madera astillada.

Entretanto, el segundo guerrero se había apoderado del escudo. Sus ojos reflejaron la admiración que le había producido la proeza del blanco, pero no por eso se durmió.

Atento a su misión avanzó al encuentro del cazador que, cambiando ahora una y otra vez de sitio, ya que las tarántulas no dejaban de perseguirle atraídas por el olor de que se había impregnado, procuraba huir de los que trataban de empujarle hacia los venenosos bichos.

El sorprendido lancero, aunque no esperaba verse sin su arma, saltaba alrededor del cazador pretendiendo, si no asaetarle como hubiera sido su deseo, al menos obstaculizar sus movimientos para que su compañero pudiera cumplir su parte.

Pero no contaba con la extraordinaria agilidad de Percy Copper.

Sin dejar de moverse de un lado a otro, iba eludiendo los ataques no sólo de los massai, sino también de las ahora enfurecidas arañas.

Aunque aquello no podía durar mucho tiempo. Tenía que hacer algo más que esquivar si quería salir con vida de aquel trance. A la larga acabaría por ser mordido por una de las tarántulas y entonces, aprovechando el efecto que le produciría el veneno, aunque no letal sí suficiente para anular momentáneamente sus facultades, los negros darían buena cuenta de él.

Desde su puesto, Lilian Bruce veía perfectamente como el cuerpo de Percy Copper se iba cubriendo de gruesas gotas de sudor, un segundo antes de que, como todos los espectadores, recibiera la impresión de que todo había terminado.

Súbitamente, el cazador había hecho algo no sólo raro, sino increíblemente peligroso. Al observar que los dos negros parecían ponerse de acuerdo para atacarle ambos a la vez, en el momento en que

saltaban a su encuentro, él mismo se metió de otro salto entre ellos.

Es decir. Eso fué lo que a primera vista pareció. Porque la realidad fué otra. Si bien saltó, como si buscara él mismo ser aprisionado entre ellos, lo que hizo fué colocarles la punta de la lanza, que no había soltado, a manera de «abrefauces». Luego, con una rapidez que los negros no pudieron contrarrestar, abrió los brazos en cruz para, increíblemente veloz, cerrarlos con fuerza alrededor de ellos.

Todo ocurrió tan rápido que nadie pudo seguirlo con la vista hasta que se vió el resultado. Y el resultado fué que...

Los dos guerreros massai se desplomaron de pronto en el suelo como si estuvieran pegados el uno al otro. Y realmente lo estaban.

Estaban ensartados, el uno por la punta de hierro de la lanza y el otro por el extremo astillado.

El hombre blanco había vencido una vez más.

Lilian Bruce no comprendía cómo era posible que el doctor se mantuviera a su lado completamente inmóvil. Pero lo que ella tomaba per impasibilidad estoica no era otra cosa que fascinación. Fascinación de la que todos los espectadores estaban invadidos, cuando empezó la cuarta prueba.

Ahora, los enemigos del cazador eran tres. Después de retirar las tarántulas de la kioto, de un modo tan sencillo como hacerlas entrar en una vasija de barro convenientemente impregnada de aquel olor que tanto las atraía, los nuevos contendientes se aprestaron a la lucha.

Los tres guerreros massai, formando una especie de cadena, ya que estaban unidos entre sí por una trenza de tiras hecha de piel de cebú que se anudaban a sus respectivas cinturas, se colocaron en línea recta a unas tres yardas del cazador.

Los dos de los extremos iban armados de gruesos espadones, mientras que el del centro empuñaba una azagaya. Su cometido consistía en rodear al cazador, ayudándose de las correas que los unían para evitar que con su agilidad, ya demostrada, pudiera romper el cerco y, luego, una vez acorralado, acabar con él a machetazos.

En aquella prueba era tan difícil salir airoso que los espectadores estaban todos convencidos de que el «ayagay» tocaba a su fin.

Pero olvidaban un detalle muy importante: que Percy Copper seguía de pie y por las trazas poco dispuesto a dejarse derrotar.

Cierto que por dos veces seguidas los massai estuvieron a punto de conseguir su propósito. Más otras tantas, su presencia de ánimo unido a sus extraordinarias facultades físicas, le sacaron del apuro.

Es más. Pronto se dieron cuenta de que el hombre blanco no era tan fácil de atrapar.

Demostrando su profundo conocimiento de las reglas del "ayagay" procuraba moverse en sentido paralelo a los límites del terreno acotado

o buscando los ángulos del mismo, aunque sin llegar nunca a ellos. De esta forma, al no poder los negros cruzar aquella invisible frontera, atacarle por detrás les resultaba imposible.

Así transcurrieron varios minutos hasta que los tres massai se convencieron de que debían cambiar de táctica. Mientras no inutilizaran, al menos uno de los cuatro rincones donde el cazador siempre encontraba salida, nada adelantarían.

Y con esta intención se abrieron todo lo que daban de sí las correas que hacían de eslabones. Aunque sin sospechar que era aquello precisamente lo que el cazador estaba esperando.

Súbitamente: ante el estupor general, se precipitó como una centella contra el de la azagaya, quien al advertirlo, la dirigió hacia él dispuesto a atravesarle. Al mismo tiempo, los otros dos echaron a correr seguros de que ahora le cogerían en medio.

Pero para aquello había que contar antes con el consentimiento del interesado.

Sin detenerse en su carrera, ya que tenía que hacerlo todo muy rápido, pues de lo contrario le alcanzarían los de las espadas, llegó hasta cosa de dos pies de distancia de su objetivo. Allí frenó en seco, justamente cuando el de la azagaya creía ya ensartarle y entonces...

El puntiagudo pincho de la azcona le rozó el hombro produciéndole un surco sangrante pero, antes de que el otro pudiera repetir el golpe, su mano izquierda se cerró alrededor del astil; y de un fuerte tirón, precisamente hacia donde el negro tiraba, en vez de hacia él, se lo apropió. Después...

Levantando un murmullo, más de admiración que de sorpresa, golpeó con el puño al desconcertado massai, que rodó al suelo como fulminado.

A continuación saltó por encima de él, justamente cuando los otros estaban a punto de atravesarle ya con sus espadones, y aquí fué cuando todos los ojos se agrandaron a causa del asombro. Ni siquiera el rey Chikondo se dió cuenta de que se había puesto de pie, faltando al protocolo de su realeza. Aunque la cosa tenía su explicación.

Una vez al otro lado del cerco, Percy Copper había cogido la correa que iba a parar a la cintura del caído. Y sin soltarla, tiraba de ella con todas sus fuerzas mientras corría hacia el otro extremo.

Con tanta furia lo hacía, imprimía tal velocidad a sus piernas y era tanta la potencia de sus músculos que, finalmente, los otros dos guerreros rodaron también por el suelo.

Pero no por eso dejó de seguir corriendo. A pesar del esfuerzo que representaba arrastrar el peso de los tres massai, que inútilmente trataban de incorporarse, Percy Copper mantenía su frenética carrera, aunque procurando no salirse del trozo marcado como campo de liza.

Pera ello lo hacía moviéndose en círculo. Así continuó durante dos vueltas y, de pronto, sin dejar de correr...

La azagaya de la que se había apoderado surcó el aire produciendo un agudo silbido. Los espectadores se levantaron de sus asientos al comprobar que de los tres negros uno ya no podría hacer nada. Atravesado de parte a parte, instintivamente soltó la espada que empuñaba para llevarse las manos a la herida.

Luego vieron como el cazador acababa de dar la vuelta comenzada sin preocuparse de la sangre que brotaba de su hombro y mucho menos de que la correa que apoyaba en él para ayudarse en el tiro, se le hundía en la carne, a causa del peso que arrastraba.

Todos adivinaron que aquel comportamiento del cazador se debía a algún fin determinado. Como así fué.

Un par de yardas de distancia antes de alcanzar el punto donde se veía el espadón abandonado por el ya fuera de combate, Percy Copper soltó la correa de la que tiraba. De un salto se apoderó del pesado machete y con él en su mano se revolvió contra los que en aquel momento empezaban a levantarse.

Mejor dicho, del que había salido con la azagaya no se preocupó. Su objetivo fué el que estaba armado como ahora él.

La prístina mentalidad del massai debió llevarle a la conclusión de que el hombre blanco era un dios invencible. Porque apenas opuso resistencia. Al primer mandoble que le largó el cazador rodó al suelo muerto.

Todos esperaban ahora que el tercero y último massai cayera también bajo la furia arrolladora del hombre blanco. Pero recibieron una nueva sorpresa.

Con el machete cortó la correa que unía al negro con los otros dos y luego, arrojando el arma lejos de sí, se precipitó hacia él que, por descontado creía ya segura su muerte. Después...

Sus nervosos brazos agarraron al massai por entre la pernera y el cuello. Lo izó a pulso por encima de su cabeza y con él en alto echó a andar en dirección al trono donde se encontraba el rey Chikondo.

Allí lo depositó, suavemente, en el suelo y con majestuoso paso, sin pronunciar una sola palabra, regresó de nuevo al centro del campo.

Por primera vez desde que había empezado el «ayagay», el doctor Rolfsen se volvió para mirar a Lilian Bruce, Los dos estaban pálidos, pero los ojos les brillaban como poseídos de altísima fiebre.

—Ahora viene lo peor —anunció simplemente el doctor, para añadir enseguida casi con reverencia: —¡Si logra vencer también, no serán sólo los salvajes quienes le crean un dios!

La muchacha fué a abrir la boca para decir algo, pero el doctor se lo impidió, indicándola que mirase hacia adelante.

Obedeció ella sin rechistar y lo primero que vió fué que todo el mundo se había sentado de nuevo. En el ambiente reinaba ahora un silencio plagado de supersticioso temor.

La última prueba iba a dar comiendo.

En ésta, además de los tres últimos guerreros que quedaban de los diez que habían entrado, participaba también el hechicero de la tribu.

Llevando sobre su cabeza un recipiente de barro, del que salía un espeso vaho, avanzó al encuentro del cazador. Una vez frente a él depositó la vasija en el suelo y le ofreció una cazoleta vacía.

Aquella fué la primera vez que titubeó el cazador. Aunque sólo fué un segundo. Muy decidido alargó el tarazo, tomó la cazoleta y, tras hundirla en el recipiente mayor, la sacó llena de un líquido humeante.

Era cerveza⁹ massai en fermentación, la cual apuró de un trago. Luego hicieron lo mismo los otros tres participantes y el hechicero se retiró, después de recoger sus bártulos.

Esperó el cazador a que el brujo se hubiera instalado en su sitio y entonces, avanzando hasta colocarse frente a los otros tres, se tumbó en el suelo.

Inmediatamente uno de los negros le vendó los ojos con una tira hecha de palma de coco, mientras los otros dos procedían a atarle, abierto de piernas y brazos, a sendas estacas que antes habían clavado en el suelo.

Viendo aquellos preparativos, Lilian Bruce notó que un nudo se la formaba en la garganta. En aquellas condiciones, fuera quien fuese el enemigo con quien tenía que luchar, el cazador poco podría hacer. Y aun aumentó su preocupación al ver cómo los tres guerreros se aproximaban al trono del rey Chikondo, a cuyo lado se sentaba el hechicero y éste entregaba a cada uno un objeto que no pudo distinguir bien, pero que al enterarse de lo que era, la produjo un escalofrío en la espina dorsal.

—Son garras de leopardo disecadas —acababa de decir el doctor Rolfsen, con voz temblorosa.

Demasiado tarde comprendió entonces porqué el cazador no había querido satisfacer su curiosidad en la choza. Aquello que para los salvajes no dejaba de ser una ceremonia como otra cualquiera, para una persona civilizada suponía un martirio, no ya tomando parte en ella, si no con su mera contemplación.

Un redoble del tambor la obligó a dirigir la vista hacia los tres que se encontraban junto al trono, como esperando aquella señal. Inmediatamente los vió echar a correr en dirección a donde se encontraba el impotente cazador y entonces adivinó en lo que consistía aquella última prueba.

La misión de los tres guerreros era tratar de despedazar con las

garras de leopardo al que, atado de pies y manos, se ofrecía tan valerosamente a aquella especie de suicidio.

Naturalmente, asimismo adivinó la parte que correspondía al cazador: procurar desatarse antes de que los otros cayeran sobre él y, de conseguirlo, luchar con ellos a vida o muerte... a pesar de estar desarmado.

Algo a simple vista tan imposible que la muchacha, por primera vez desde que estaba allí, no se atrevió a mirar. Elevando una plegaria al Altísimo, cerró los ojos esperando oír de un momento a otro el grito de victoria de los massai.

Pero lo que oyó, transcurrido un par de minutos, fué un apagado murmullo que identificó como una letanía sagrada. Entonces separó los párpados para mirar hacia el cazador y...

Lo que vio la dejó como electrizada. Percy Copper aparecía ahora, no sólo sin venda en los ojos y libre de ligaduras, sino que se encontraba de pie. Además, y esto era lo más extraordinario, con sus poderosos brazos, de los que colgaban las fibras de liana que acababa de romper, sujetaba a uno de los guerreros massai en alto y, sirviéndose de él a modo de maza, mantenía a raya a los otros.

Sangraba por todas partes, de las múltiples túrdigas que las aceradas púas de las garras habían hecho en su cuerpo. Pero no se daba por vencido.

Aunque tambaleante, y no por su propia debilidad, sino por los efectos de la cerveza en fermentación que había ingerido, se mantenía firme, trazando círculos a su alrededor con el cuerpo que sujetaba por los pies, en espera de la ocasión que le permitiera atacar a él.

Y la ocasión llegó, gracias al principio de vértigo que los otros empezaban a sentir también por efecto del pombé que habían bebido.

Con esto era con lo que contaba el cazador. Si conseguía resistir el mareo, aunque fueran unos pocos minutos más que ellos, por primera vez el «ayagay» tendría un completo vencedor.

Notaba que la vista se le nublaba, pero seguro de que en cuanto dejara de dar, vueltas se le pasaría lo bastante el mareo para poder acabar con sus enemigos.

Y así fué. De pronto, cuando ya los otros se tambaleaban peligrosamente, proyectó sobre ellos al que volteaba. Al impacto, ninguno de los dos pudo conservar el equilibrio y, con el tercero, rodaron por tierra, de la que ya no se levantaron.

Sabedor de lo que suponía dejarlos que se recuperasen, Percy Copper cayó sobre ellos como un Némesis vengativo.

Sus ensangrentados brazos parecían ahora las aspas de un molino loco, habíase apoderado de una de las garras disecadas de leopardo y con ella atacaba a los caídos, buscándoles la yugular.

El espectáculo era tan salvajemente ancestral que Lilian Bruce no pudo resistir su contemplación. De nuevo cerró los ojos y ya no los volvió a abrir hasta que a su lado, la voz del doctor Rolfsen, dijo, por primera vez hablando en voz alta:

—Levántese, señorita. ¡Somos los protegidos de un dios!

CAPÍTULO V

EN LA SENDA DE LOS KUASI

—¡**E**RES extraordinario, Percy! ¡Jamás llegué a creer que existiera alguien capaz de hacer lo que tú has hecho! ¿Cómo estabas tan seguro de vencer?

Mientras hablaba, el doctor Rolfsen iba curando por segunda vez las heridas del cazador. Aunque carecían de gravedad eran, en cambio, muy numerosas. Especialmente en la última prueba su cuerpo había recibido innumerables zarpazos. Totalmente ensangrentado, su aspecto, al acabar el «ayagay», causaba miedo.

La primera impresión de Lilian Bruce, cuando le condujeron a la choza entre el doctor y el mulak Wazindi, fué la de que el cazador había pagado cara su osadía.

Lo escandaloso de la sangre que le cubría por entero, unido a su postración, que luego resultó ser debida a los efectos del licor que tuvo que beber, la hizo pensar por un momento que el valeroso cazador no saldría de aquella.

Pero se equivocó. A las dos horas escasas de llegar a la choza, pasados ya los efectos de la fugaz borrachera, Percy Copper volvió a ser el mismo de siempre. Un poco más pálido, debido a la pérdida de sangre y al cansancio, pero manteniendo su extraordinaria vitalidad.

En aquel momento su amigo el doctor, que al principio le había hecho una simple cura de urgencia, procedía a inspeccionar de nuevo las heridas para curárselas definitivamente.

Y le encontró tan recuperado, tan dueño de sí y dispuesto de nuevo a las andadas, que dió rienda suelta a su admiración con las palabras que acababa de pronunciar.

A su lado Lilian Bruce, sin atreverse a abrir la boca para ocultar su emoción, se limitaba a observarle. Recordaba que antes de conocerle personalmente, la simple fama de su nombre le había hecho pensar más de una vez en él. Y que ahora, después de dos días a su lado y, sobre todo, después de haber presenciado su hazaña, la admiración estaba dando paso a un sentimiento más dulce.

—Eres un exagerado, Doc —le oyó decir, con vos bien timbrada y varonil, en respuesta a las palabras de su amigo—. ¿Es que no recuerdas lo que hablamos anoche? Te dije que confiaba vencer en el «ayagay»

porque durante años he estado practicando las cinco pruebas. Wazindi podría decirte algo al respecto. Pero, en fin, el mayor inconveniente estribaba en que pudieran hacerme trampas, aunque hay que reconocer que han sido nobles.

—¿A qué trampas te refieres, Percy? Si no estoy mal enterado, las cinco pruebas del «ayagay» son siempre las mismas.

Percy Copper sonrió, antes de contestar:

—Y así es, Doc. ¿De qué otra forma, si no, habría podido practicarlas? Al decir trampas me refería precisamente a que faltaran a las reglas. Por ejemplo: Que en vez de utilizar sus lanzas como simples trinchantes, me las hubieran arrojado. Ellos no podían hacerlo, mientras que yo sí. Y otra: Que el hechicero tratara de doparme, añadiendo alguna droga al pombé. Ten presente que yo era el primero que tenía que beber.

El doctor Rolfsen agrandó los ojos, al comprender.

—¡Claro! —exclamó admirado—. Tú sabías todo eso y en ello apoyaste tu confianza. Aunque a decir verdad, así y todo se necesitan unas facultades físicas tan extraordinarias que resultan casi imposible de reunir. Sobre toda la fuerza... ¿Te costó mucho romper las lianas con que te ataron a las estacas?

—Bastante. Al ver que había vencido en las cuatro pruebas anteriores, me cogieron miedo y me ataron muy bien. Claro está que sin sospechar que yo ya sabía que podía romperlas. Lo importante es que ya ha pasado todo.

Por primera vez se encaró con la joven y añadió:

—A propósito, señorita. Permítame que le haga algunas preguntas. Por ejemplo: ¿Quiere decimos algo más de su amigo Herbert Mason? ¿De qué le conoce?

Y al hacer la segunda pregunta se incorporó hasta quedar sentado, sin que el doctor opusiera ningún reparo.

—Pues verá —empezó a decir la muchacha, interiormente asombrada de que el cazador no diera la menor señal de fatiga—. Herbert Mason era el ayudante de mi padre durante estos últimos años. No sé si están ustedes enterados de que mi padre, aunque era médico, no ejercía desde que terminó la última guerra. Al firmarse la paz fué comisionado por el Gobierno para que hiciera investigaciones sobre cierta enfermedad que produce una rara especie de mosquito. Ese es el motivo de que se encontrara aquí sin mí. Parece ser que en los alrededores del poblado Kuasi que fué del rey Levanika, era donde se había localizado el mosquito de referencia Pues bien, durante estos tres últimos años, Herbert Mason y mi padre han estado trabajando en ese cometido. Naturalmente, ignoro los progresos que llegaron a hacer. En ninguna de las visitas que Herbert me hizo a Kenya, cuando mi padre no

podía, jamás me dijo nada al respecto. De lo único de que me hablaba era de sus aspiraciones.

Al llegar a este punto, la muchacha bajó la vista para decir:

—Hará cosa de tres meses me pidió que fuera su esposa. Según me dijo estaba tan locamente enamorado que sólo yo podía hacerle feliz.

—¿Y qué le respondió usted? —quiso saber el cazador al notar que ella se detenía.

—Temo que fui algo brusca —confesó la muchacha—. En la última carta de mi padre había notado que me hablaba de él como si se hubieran enfadado y, sin saber porqué, me molestó su declaración... Sí, ya sé que no está bien hecho. Pero, ¿qué quieren? No lo pude remediar. Le dije simplemente que no correspondía a mi tipo de marido. A partir de entonces ya no volví a tener más noticias, ni de él ni de mi padre.

El cazador cambió una mirada de inteligencia con su amigo. Luego, encarándose de nuevo con la joven, preguntó:

—¿No la ha llamado la atención que desde que salió ayer de esta choza tampoco se haya dejado ver? Si mal no recuerdo, le oí decir que intervendría en favor de nosotros para que nada nos ocurriera. ¿No fué eso lo que dijo?

Lilian Bruce reflejó en sus bellos ojos una gran sorpresa. Hasta aquel momento no se había vuelto a acordar de lo que la había prometido Herbert Mason.

—Tiene usted razón, señor Copper —respondió—. Eso fué lo que dijo. Y sin embargo...—Sin embargo —la interrumpió el cazador—, no sólo se olvidó de hablar con el rey Chikondo, sino que me atrevo a asegurar que ni siquiera está ya en el poblado.

—¿Qué cree usted que le habrá ocurrido, señor Copper? —preguntó—. Encuentro todo tan extraño que no lo acabo de entender.

—Pues no puede estar más claro, señorita —intervino ahora el doctor, obligándola a girar la cabeza—. Por alguna razón que desconocemos, su amigo llamémosle así, se largó anoche del pueblo. Y yo me pregunto: ¿No habrá querido vengarse de las calabazas que usted le dió?

El doctor fué a seguir hablando, pero el cazador no se lo consintió.

—Déjate de bromas ahora, Doc —le reprendió—. Como dice la señorita, todo esto es muy raro y hay que aclararlo. Escucha: Dentro de poco, el rey Chikondo vendrá a traerme el atributo de «ayagay». Para entonces hemos de tenerlo todo preparado y dispuesto a emprender nuestro camino. Iremos hacia el Pico Muusilo para hablar con el gran hechicero. Empiezo a sospechar que es allí donde está la solución de todo.

Ahora fué el doctor quien puso cara de sorpresa.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Ponernos en camino sin haberte repuesto

del todo? ¡Tú debes estar loco!

—Nada de eso, Doc —respondió el cazador, sonriendo—. Admiro tus conocimientos de Medicina, pero esta vez te equivocas al suponer que no me encuentro en condiciones de continuar la marcha. No puedo negar que me encuentro cansado, pero eso es todo. Mis heridas no tienen importancia y, además, nadie ha dicho que tengamos que caminar de momento. Esta tarde y todo el día de mañana lo haremos en canoa. De esta forma, cuando tengamos que meternos de nuevo en la selva, ya me encontraré como nuevo... Ni una palabra más. No intentes convencerme, pues ya sabes que no lo conseguirás.

Y así fué como poco después del mediodía, llevando ya alrededor del cuello el collar de dientes de leopardo que constituía la insignia del «ayagay», Percy Copper y los demás miembros de su expedición abandonaban el poblado del rey Chikondo.

Las armas y además enseres de su pertenencia habían sido colocados en el fondo de la canoa que los massai pusieron a su disposición, apenas expusieron su deseo de querer remontar el río.

Después de su marcha, durante bastante tiempo, les siguió el tam-tam de los que lanzaban al aire la noticia de la existencia de un "ayagay" blanco que avanzaba río arriba.

—No se asuste si dentro de poco ve aparecer guerreros massai en las orillas —advirtió el cazador, dirigiéndose a la muchacha—. Serán curiosos que se asoman tratando de verme. Es la primera vez que esto ocurre y, como es natural, les cuesta trabajo creerlo... ¡Cuidado, Doc! —se encaró ahora con el doctor—. Te mueves demasiado y esta clase de canoas no son tan seguras como las nuestras...

El resto de la tarde transcurrió sin otra novedad que la ya anunciada por el cazador. Casi ininterrumpidamente, ambas orillas del río se poblaban a su paso de gran número de guerreros massai, nunca mujeres o niños¹⁰, para los que la visión de un «ayagay» suponía un don del cielo.

Únicamente cuando empezó a obscurecer, la afluencia de curiosos fué disminuyendo hasta desaparecer por completo. Fué entonces cuando el cazador ordenó a los remeros que se dirigieran a tierra.

—Por hoy ya está bien —declaró Percy Copper, al que se le notaba la fatiga, a causa de las muchas veces que se había tenido que levantar para que los negros pudieran contemplarle—. A partir de aquí los poblados quedan demasiado lejos del río. Mañana ya no nos molestarán y podremos ir más deprisa.

Aquella noche, todos, incluyendo a los kuasi, se opusieron a que el cazador hiciera su correspondiente guardia.

—Es preferible que descanses toda la noche —había dicho el doctor, hablando en nombre de todos.

Y así lo hizo. Aunque sin que nadie pudiera adivinar que si aceptó fué por la seguridad palpable que tenía de que allí no corrían peligro.

A la mañana siguiente, después de haber sido curado de nuevo por su amigo, se pusieron otra vez en marcha.

A fuerza de remos remontando el río, que poco a poco iba disminuyendo su amplitud, a medida que la selva se aclaraba. Pero al cabo de un par de horas de avanzar, tuvieron que detenerse. Un majal de peces oscuros y muy escamosos les obstruía el paso, impidiéndoles seguir adelante.

Sin embargo, Lilian Bruce pronto pudo darse cuenta de que aquello no parecía impresionar al cazador.

Como si hubiera previsto aquella contingencia transmitió una orden a su mulak.

Un minuto después Wazindi arrojaba al río hasta media docena de pequeños haces de hierba que ya debían llevar preparados.

El resultado, fué que poco después, del fondo de las aguas surgía la gigantesca y horrible boca de un hipopótamo que, con avidez, empezaba a comerse los hacecillos que el negro había arrojado.

Su cuerpo exageradamente rechoncho, pesaría cerca de tres toneladas. Y aunque debido a sus cortísimas patas no llegaría a un metro de alzada, medía, en cambio, casi tres de longitud.

Más cerca que nunca, Lilian Bruce pudo también contemplar el rasgo más característico de su anatomía: el grosor de su piel, dotada de una capa córnea y de un espeso panículo adiposo.

Aunque no era aquello lo que atraía su atención. Otras veces había visto hipopótamos, pero ninguno se había comportado como aquél. El que ahora miraba...

Después de zamparse los seis manojos de hierbas que por lo visto era lo que le había hecho abandonar el fondo del río, el mastodóntico animal olfateó por delante de él. Sus pequeños ojos atisbaron el banco de apretados peces que impedían el paso de la canoa y, nadando a toda velocidad, arremetió contra ellos.

Percy Copper, ahora de pie en la proa de la canoa, empuñaba su fusil «Manlicher» en postura de disparar, cuando gritó:

—¡Rápido! Remad fuerte detrás del hipopótamo. La brecha que deja es el único paso para cruzar al otro lado.

En el acto, los cinco negros hundieron los canaletes en el agua y la canoa se precipitó detrás del paquidermo, el cual, como había dicho el cazador, iba abriendo una brecha suficiente para cruzar al otro lado del majal obstaculizados

Todo saltó a las mil maravillas. Al llegar al otro lado, tras avanzar aún una docena más de yardas el animal, al parecer satisfecho, o desengañado, se hundió de nuevo en las ya despejadas aguas.

—¿Qué fué lo que tiró Wazindi, señor Copper? —preguntó Lilian Bruce, intrigada por lo que había visto.

El cazador se sentó de nuevo en su sitio, colocó el fusil a sus pies, en el fondo de la canoa y por fin respondió:

—Satisfaré su curiosidad, señorita. Eso que usted quiere saber no era otra cosa que alfalfa seca mezclada con escamas de «puletes». Esos peces que hemos dejado atrás.

—Bien. Pero, ¿a qué se debe que apenas se comió los manojos arremetiera contra los «puletes», cómo usted los llama?

—Muy sencillo. A que creía encontrar entre ellos, según le hizo suponer el olor de que iba impregnada la alfalfa, más bocados de la misma hierba. Por eso atravesó todo el majal.

—¡Increíble! —exclamó ella, admirada—. Nunca se me hubiera ocurrido un truco semejante. Pero dígame ahora: ¿Por qué se colocó el fusil como si fuera a disparar?

—Porque una vez al otro lado podían ocurrir dos cosas que empeorarían nuestra situación: Que el hipopótamo quisiera seguir buscando alfalfa, empujando al banco de «puletes» otra vez a nosotros o que, enfurecido por el engaño, intentara volcar la canoa. En cualquiera de los dos casos me hubiera visto obligado a disparar contra él. ¿Satisfecha?

—Sí. Ha sido usted muy amable. Aunque debe pensar que para haber vivido tantos años en la selva, teta vía me faltan muchas cosas que aprender. ¿No es así?

—He de confesar que así es, en efecto. Pero no se ofenda. No es usted sola la que desconoce cosas de la selva. A mí me ocurre lo mismo.

—¿A usted? Eso sí que no lo creo.

—Pues es la verdad. Ni yo ni nadie conoce, sí es que existen, la totalidad de los recursos necesarios para vencer a esta selva que nos rodea. Sus peligros están en proporción con su grandeza. Por mucho que crea uno dominarla, jamás se la ha de perder el respeto.

Aquellas palabras, aumentaron más si cabe, la admiración de la muchacha por el cazador. Con ellas acababa de demostrarla que, a pesar de su fama y sus hechos, reconocía, espontánea y generosamente, que él también tenía que aprender.

Siguieron remontando el río. El color de las aguas continuaba siendo sucio, pero no tanto como las que habían dejado a su espalda.

En cambio, mientras por la orilla izquierda la selva iba aclarándose paulatinamente, en la de la derecha, adentrándose más y más en las aguas, muchos árboles tendían sus ramas a pocos pies de la superficie.

Lilian Bruce se dió cuenta entonces de que el cazador era a esta orilla hacia donde miraba. Atentamente le vió avizorar entre la vegetación que poblaba la ribera. Y de pronto, extendiendo el brazo hacia adelante,

gritó:

—Guía en aquella dirección, Wazindi. Debe de haber un paso, que es por donde hemos de entrar.

Y así fué. Recorrida cosa de un cuarto de milla de distancia, descubrieron entre las ramas que se adentraban en las aguas, un brazo del río, casi oculto a la vista.

Por él se introdujeron con la canoa, no sin que antes advirtiera el cazador:

—Agáchense todos al pasar por debajo de aquella rama. Usted, señorita, no se asuste si ve que la caen bichos encima. Son escolopendras y otros reptiles repugnantes, pero nada peligrosos... ¡Ahora, remad fuerte!

Una vez más acertó el cazador en todo. Aunque se agacharon cuanto les fué posible no pudieron evitar que rozaran la rama. El resultado fué que, sobre ellos, cayó una lluvia de lagartijas y otros pequeños reptiles de su especie.

Naturalmente, advertidos por el cazador, a nadie cogió de improviso. Lilian Bruce se llevó un pequeño susto, pero pronto se la pasó al comprobar la rapidez y eficiencia con que los negros los sacaron de la canoa.

A partir de entonces, por encima de sus cabezas, una bóveda de verde ramaje constituyó su cielo. El sol dejó de alumbrarles. De hecho viajaban ahora por una especie de túnel.

Disminuyó, por tanto, la visibilidad, pero así y todo, Lilian Bruce pudo notar que los nativos se mostraban ahora más tranquilos.

—Se sienten más seguros, porque hemos entrado en su territorio —explicó Percy Copper, adivinando los pensamientos de ella—. Aquí son los kuasi los que dominan. Hasta mañana por la tarde no volveremos a pisar terreno massai.

Hacia el mediodía, según los cálculos del cazador, descansaron un poco, aunque sin abandonar la embarcación, para tomar un bocado. Luego emprendieron de nuevo la marcha y ya no pararon hasta que empezó a oscurecer.

Aquel fué el momento señalado por Percy Copper para dejar el río y adentrarse en la selva. Lo hicieron así y poco después en un pequeño claro del tupido bosque, se encontraban ya instalados en un improvisado campamento.

La noche transcurrió sin novedad. Pero apenas amaneció...

Lilian Bruce se disponía a abandonar el lecho de ramas y hojas que la habían preparado el cazador en persona, cuando de pronto lanzó un grito de espanto.

Frente a ella, a menos de una yarda de distancia de su cabeza, una enorme serpiente de anteojos la contemplaba fijamente.

Por fortuna tuvo la suficiente presencia de ánimo para mantenerse quieta, en vez de tratar de huir como fué lo primero que se la ocurrió. Recordó a tiempo que aquellos peligrosos reptiles acostumbraban a atacar a sus víctimas cuando éstas se ponían en movimiento y aquello fué su salvación.

Al grito que instintivamente había dejado de escapar, Percy Copper, que encontraba un poco más lejos dando instrucciones a su mulak, se volvió hacia ella con todos los músculos en tensión.

Lilian Bruce no pudo verle actuar, ya que, como hipnotizada, sus ojos no se apartaban de la feísima cabeza de la serpiente. Pero...

Súbitamente, mezclado con los mil murmullos del bosque, el estampido de una detonación retumbó en el calvero. Casi al mismo tiempo, la muchacha vió como la serpiente se estremecía y daba una sacudida. Después, tras cabecear varias veces en el aire, se desplomó muerta a sus pies.

Lilian Bruce ya no esperó entonces más. La obligada tensión a que había estado sujeta se rompió. Rápida e impulsivamente se precipitó de un salto entre los brazos del cazador.

Desgraciadamente para ella, a causa de su excitación, le pasó por alto el estremecimiento que sacudía el cuerpo de él, al contacto del suyo. De haberlo notado, la muchacha habría sacado la consecuencia de que el cazador no era de piedra, como suponía.

En realidad, el hombre que sonriendo se jugaba la vida imponiéndose a todos los peligros, se sentía impotente para luchar contra algo sumamente sencillo como era la proximidad de su persona.

No lo había dejado traslucir, pero Percy Copper, desde el primer momento en que la vió, quedó deslumbrado por su belleza. Luego, le bastó comprobar que a la perfección de su constitución física unía un valor a toda prueba para que, por primera vez en su vida, se sintiera atraído por una mujer.

Pero Lilian Bruce no tuvo tiempo de adivinar lo que tan feliz la hubiera hecho. Notó, sí, que sus poderosos brazos la estrechaban con una ternura que ella tomó por simple gesto de protección. Cuando ya levantaba la cabeza para mirarle a los ojos, con lo que hubiera descubierto su secreto...

Procedente de la selva que les rodeaba, no muy lejos a juzgar por la claridad con que llegó a sus oídos, el doloroso grito de una garganta humana se propagó por los aires. En el acto, los relajados músculos del cazador se pusieron nuevamente en tensión. Con cierta brusquedad se apartó de ella y, volviéndose a los demás, ordenó:

—Recogedlo todo y seguidme. Usted, Lilian —sin darse cuenta la acababa de llamar por su nombre de pila—, venga conmigo.

Cada uno con su fusil en la mano, se internaron a todo correr en la

espesura. Lilian parecía tener alas en los pies. Había bastado que él la llamara como lo había hecho para que su corazón se animara por una dulce esperanza que le daba nuevos bríos.

Por su parte, el cazador, sin dejar de correr, aunque obligado a hacerlo con menos velocidad de lo que hubiera querido, para no dejarla atrás, iba escuchando todos los murmullos de la selva, tratando de captar algún nuevo indicio que le orientara hacia lo que buscaba.

Y éste llegó cuando sus ejercitados sentidos parecían advertirle que ya no estaba muy lejos. Y así era.

Nuevamente, esta vez mucho más débil, el grito de antes volvió a oírse. Ahora procedía de la izquierda de donde se encontraban, al parecer de detrás de un corpulento árbol.

Hacia él se dirigió el cazador, dejando ahora rezagada a la muchacha. Y dos minutos después...

Lilian Bruce llegó junto a él en el momento en que el cazador acababa de arrodillarse junto al cuerpo de un hombre caído en el suelo. Acercóse entonces ella para mirar, pero al instante retrocedió horrorizada y reflejando en sus ojos el mayor asombro.

El hombre que Percy Copper sostenía entre sus brazos era Herbert Mason.

Presentaba una profunda herida en el pecho y en su cuello ya no se veía el estrafalario collar que le enseñara en el poblado massai.

—¡Por aquí, Doc! —gritó el cazador, al percibir un ruido de pasos entre la maleza—. Trae contigo el botiquín. No creo que haya remedio, pero habrá que intentarlo.

Desgraciadamente, esta vez el cazador acertó también, como siempre.' La gravedad del herido era tal que el doctor no se atrevió a hacer otra cosa que verter entre sus labios unas gotas de cierto líquido, con la única esperanza de prolongar unos minutos su vida.

Así se lo dijo en voz baja al cazador, el cual respondió:

—Ojalá sean los suficientes para que pueda explicarnos lo ocurrido. De lo contrario, mucho me temo que no lo sabremos nunca.

Pero el estimulante cumplió su cometido. Al cabo de unos segundos de respirar agitadamente, el moribundo abrió los ojos. Sin la menor extrañeza miró a los que le rodeaban y, finalmente, empezó a mover los labios.

—¡Lilian! —fué lo primero que dijo, clavando sus mortecinas pupilas en las de la muchacha—. No pienses que te abandoné... entre los massai... intencionadamente. Al salir de la choza... me atacaron varios guerreros... kuasi... y perdí el conocimiento... Luego... debieron meterme en una canoa..., con la que remontamos el... río..., porque cuando recobré el conocimiento, de lo primero que me di cuenta fué de... que estábamos muy lejos... del kraal massai.

Eli herido hizo una pausa para hacer acopio de fuerzas y prosiguió, mirando siempre a la muchacha:

—Tienes que creerme, Lilian... Cuando te confesé mi amor... decía la verdad... Me había enamorado... hasta tal punto de ti... que...

Los que escuchaban creyeron por un momento que había agotado sus fuerzas. Pero no fué así. Cambiando bruscamente el giro de su conversación, siguió diciendo, con un tono en el que se adivinaba gran excitación:

—¡No sigas adelante, Lilian!.. Aunque ya sé... que te acompaña... un... «ayagay»... nadie... está seguro... en esta selva... Lo que ocurre es... tan espantoso que...

De nuevo se interrumpió, como agotado, pero finalmente, aunque cambiando oír a vez de conversación, siguió diciendo, con voz que se debilitaba por momentos:

—Anoche conseguí huir de... los que... me traían prisionero... Desde entonces no he dejado de caminar..., aunque... de poco... me ha servido... Cuando ya creía... encontrarme a salvo... los kuasi me descubrieron... Uno de ellos... me arrancó el collar... que era... mí amuleto... entre los massai... Fué... entonces... cuando se oyó... un disparo... de revólver... Al oírlo... se apartaron de mí... pero antes me apuñalaron.

Su voz se fué haciendo menos audible a medida que seguía explicando:

—Siento... mucho... no haber... podido hacer... más, Lilian... Sólo... la... muerte... podía... curar... a tu... pa...dre... y yo...

De pronto ladeó la cabeza, emitió un prolongado suspiro y murió.

Mientras escuchaba, el cazador no había dejado por eso de estar atento a cuanto les rodeaba. De pronto...

Sin pronunciar una sola palabra de aviso, giró sobre sus talones y desapareció en la espesura ante el asombro de sus amigos. Casi al mismo tiempo...

Procedente del sitio por donde le habían visto desaparecer, llegó hasta ellos un alarido humano. Siguió después un corto silencio y a continuación, tras un agitar de ramas, surgió de entre ellas Percy Copper.

—¡Pronto! —apremió, mientras con un gesto señalaba en dirección a donde habían pasado la noche—. Salgamos de aquí antes de que sea demasiado tarde. Nos hemos metido en la senda de guerra de los kuasi y pronto tendremos un enjambre de ellos pisándonos los talones. He eliminado al que dejaron de centinela, mientras los otros iban en busca de refuerzos. Pero eso nos servirá de poco si no nos damos prisa.

Había agarrado a la muchacha por un brazo y la obligaba a seguirle a toda velocidad, mientras continuaba diciendo:

—Tendremos que retroceder en busca del otro brazo del río. Si lo conseguimos perderemos un día de viaje, pero nos habremos salvado. ¡Deprisa, deprisa!

Alcanzaron la canoa en el preciso momento en que un gudugudu empezaba a propagar sus sonos por la selva.

—Es una orden de que nos maten a todos —tradujo el cazador, mientras ayudaba a la muchacha a entrar en la canoa. Y añadió, volviéndose a los portadores: —¡Deprisa, muchachos! Si nos atrapan, tampoco os salvaréis vosotros. ¡Empuñad los remos y a ver cómo lo hacéis! ¡Yo también os ayudaré!

¡Y menuda ayuda! Sentado ahora en el asiento de proa, el canaleta que había cogido hacía tanta labor como tres de los otros. La embarcación volaba ahora por las aguas que discurrían bajo la techumbre frondosa que cubría sus cabezas.

Lilian y el doctor se mantenían quietos en el fondo de la canoa, admirando una vez más la potencia de los músculos del cazador que, olvidándose de sus heridas, se esforzaba en mantener la endemoniada velocidad con que avanzaban.

Por encima de ellos, el tam-tam de los gudugudu continuaba enviando mensajes. Aunque esta vez, el cazador no les dió a conocer su significado. En aquel momento sólo se preocupaba de remar, remar...

Y fueron transcurriendo las horas. Tanto Percy Copper como los negros, si bien completamente bañados de sudor, continuaban manteniendo la loca carrera que habían emprendido. Eran los únicos que sabían con certeza lo que les iba en ello y de ahí que no aflojaran.

Por fin, hacia la mitad de la tarde, empezaron a notar que el túnel de follaje iba haciéndose menos espeso.

—Estamos llegando al final —habló con primera vez el doctor, dirigiéndose a la muchacha—. Nuestra salvación depende de que los kuasi no hayan bloqueado su salida. Si es así...

Súbitamente dejó de hablar. A una señal de Percy

Copper, los otros remeros sacaron los canaletes del agua y se acurrucaron en el fondo, casi desfallecidos. Por su parte, el cazador dejó también de remar, aunque no abandonó su puesto. Lo único que hizo fué cambiar el remo por su fusil.

La canoa siguió bogando a impulsos de la velocidad que ya llevaba. A unas cincuenta yardas de distancia por delante de ella se veía ya la abertura que los conduciría al río abierto. La vida de todos dependía ahora de que los kuasi no estuvieran aguardando allí.

CAPÍTULO VI

EL PICO DE MUUSILO

POCO antes de llegar a la rama que se balanceaba a poca altura del agua, Percy Copper apretó el fusil con fuerza, dispuesto a cualquier eventualidad. Así preparado se dejó caer en el fondo y, segundos después, su penetrante vista captaba el momento de cruzar la rama que señalaba el punto final de su primer objetivo.

A su espalda, los que le acompañaban dejaron escapar un suspiro de alivio.

Los kuasi, o no habían llegado aún o decidieron abandonar su persecución al descubrir que ellos se retiraban de su territorio.

Esta fué la conclusión a que llegó el doctor Rolfsen cuando comprobó que enfilaban el otro brazo del río sin que nadie tratara de impedirselo. Pero pronto supo que se había equivocado. Percy Copper acababa de decir:

—Han adivinado nuestras intenciones. En vez de aquí, piensan atacarnos cuando ya estemos dentro del otro curso del río... ¡A los remos, Wazindi! Nuestra salvación está en la otra orilla... si es que no la han ocupado también. De todas formas, no podemos elegir. ¡Adelante!

De nuevo impulsada por los remos, la canoa arrancó rauda en dirección a la otra orilla. A medida que se acercaban, Lilian Bruce, que no apartaba la vista del cazador, le vió cómo escudriñaba en todas direcciones, sin soltar el fusil de la mano.

De un momento a otro esperaba oírle señalar un nuevo peligro. Pero no fué así. Alcanzaron la ribera que buscaban sin que nada anormal ocurriera.

—Estamos de suerte —le oyó decir entonces, apenas puso los pies en tierra—. Si nos damos un poco de prisa habremos conseguido escapar.

Rápidamente abandonaron la canoa para adentrarse en el bosque. Allí la selva era menos espesa. A pocas millas al sur empezaba la zona esteparia y hacia ella se dirigieron.

Empezaba a anochecer. Y con el día de ajeteo que habían llevado, en especial el cazador y los negros, debían

buscar pronto un sitio donde acampar.

Lo encontraron en un bosque de tilos y manzanillos, próximo a un marjal de donde les llegó el barrito de algún componente de la manada de elefantes que allí se escondía.

—¡Ol-tome11! —oyó Lilian Bruce que pronunciaban los negros con temor, dirigiéndose al cazador. Y repitieron de nuevo: —¡Ol-tome, bwana, ol-tome!

—Ya los he oído —respondió Percy Copper, para añadir a continuación, como si quisiera animarlos:— No temáis por eso. Se aproxima la noche y se han retirado a descansar. No se moverán de su camada hasta que salga el sol... ¡Vamos, vamos! Nosotros también necesitamos descanso. Mañana nos espera, un buen día de caminar.

Aquella noche no encendieron ninguna fogata. Dada la proximidad de los elefantes, el cazador ordenó hacerlo así por considerarlo prudente. Además, tuvo buen cuidado de instalar el campamento en el lugar en que les era favorable la dirección del viento. De esta forma sería más difícil que sus vecinos pudieran olfatearles.

Lilian Bruce fué la que menos durmió. Sabía que acampar en la selva de noche, sin la protección de hogueras encendidas, era muy peligroso. Y aunque la presencia allí de Percy Copper era una buena garantía de seguridad, la muchacha sabía también que el cazador estaba agotado.

Sólo un hombre como él era capaz de resistir tanto. Pero no se podía pedir demasiado al que no dejaba de ser un hombre de carne y hueso.

Sin embargo, nada ocurrió. A la mañana siguiente, cuando empezaba a alborear, emprendieron la marcha, esta vez hacia el Este.

Junto a la muchacha, Percy Copper caminaba firme, seguro y a buen paso. Como si tuviera prisa. Tanta que ni siquiera quiso perder tiempo para que su amigo le hiciera una nueva cura.

Al llegar el mediodía hicieron alto para descansar. Minutos antes el cazador había matado un antílope y Wazindi se cuidó de asar los mejores trozos para la comida.

El resto de la tarde y la mañana siguiente continuaron caminando, sin preocuparse de otra cosa que de hacerlo lo más deprisa posible. Vadearon un río en cuyas orillas abundaban los hipopótamos y hasta rinocerontes. Presenciaron una desbandada de jirafas y la lucha entre un león y un leopardo. Pero nada de aquello parecía interesarles. Su meta, el ya visible Pico de Muusilo, era lo único que les atraía.

Y por fin, poco después del mediodía alcanzaron las proximidades, precisamente donde la selva empezaba a espesarse de nuevo.

Los expedicionarios se internaron por un sendero que discurría entre

grandes árboles. Pero aún no habían avanzado un par de centenares de pasos, cuando de entre la maleza surgieron de improviso dos largas filas de guerreros massai, una a cada lado del sendero.

A Lilian Bruce le llamó la atención que el cazador, contrariamente a otras ocasiones, no hubiera presentado nada. Pero su sorpresa no hubiese tenido límites de haber podido adivinar que Percy Copper estaba esperando aquella aparición.

A eso se debió que la muchacha no advirtiera en él ninguna señal de alarma. Incluso cuando dos de los guerreros recién aparecidos se pusieron delante de él apuntándole con sus lanzas, no demostró la menor emoción. Lo único que hizo fué señalar con la mano que llevaba libre el collar de dientes de leopardo que rodeaba su cuello.

—*¡Ayagay! ¡Ayagay! ¡Ayagay! ¡Ayagay! ¡Ayagay!*

La palabra fué subiendo de tono hasta que, al pronunciarla por última vez, los dos guerreros se incorporaron y al unísono emitieron un agudo grito. Instantáneamente, las dos filas de massai que bordeaban el sendero, prorrumpieron en una monótona letanía de la que sólo se entendía la palabra «ayagay».

Lilian Bruce notó entonces que el cazador la asía por un brazo indicándola al mismo tiempo que empezara a caminar. Detrás de ellos avanzaban el doctor y los porteadores que tan bien los— habían servido. Pero ninguno pronunció una sola palabra.

Así continuaron durante cerca de una hora, rodeados siempre de las dos filas de guerreros que, para caminar, lo hacían ahora dando pequeños saltos siguiendo el ritmo de su monótona cantinela.

Y por fin, al llegar a un claro del bosque, ante los ojos de los expedicionarios apareció la boma del rey supremo de los massai.

La boma es el reducto fortificado del país. Está rodeado de un foso profundo, en cuya cara interior domina una barrera de plantas espinosas o una muralla de vigas.



La expedición avanzaba sin contratiempos por el río...

En el interior de la boma hay una serie de patios, bordeados también de vigas. El del centro, que encierra la habitación del jefe, está rodeado ordinariamente de una muralla de piedras ciclópeas.

A este reducto amurallado fué donde los massai condujeron a nuestros amigos. Allí los esperaba el rey Sambanza, el cual, apenas se fijó en el cuello del cazador inclinó la cerviz, a todas luces reverente.

—«Ayagay» blanco ser esperado con ansia por mi pueblo — pronunció después, a modo de saludo. Y añadió: —Los massai esperamos de ti, ¡oh, dios!, que recuperes el tesoro que nos han robado los kuasi. Ngai está irritado y la selva tiembla de furor. Cientos de guerreros están dispuestos para la lucha.

Percy Copper esperó a que el régulo terminara de hablar. Después, mostrando el collar que pendía de su cuello, pronunció con voz solemne:

—«Ayagay» blanco hará lo posible por ser útil a pueblo massai. Pero antes necesito hablar con gran hechicero Sam-O-Kupa. ¿Dónde está?

Un profundo silencio se hizo a su alrededor, apenas formulada aquella pregunta. Transcurrieron unos segundos antes de que el reyezuelo recobrara el uso de la palabra para responder:

—Ni Sam-O-Kupa ni sus indunas están aquí, "ayagay» blanco. Nadie los ha vuelto a ver desde que —las lluvias iniciaron su camino de regreso¹². Sin embargo...

—Continúa, Sambanza —apremió el cazador, al advertir que el cacique se interrumpía—. Sin embargo, ¿qué?

El régulo tragó saliva antes de responder. Era evidente que le costaba trabajo hablar.

—Resulta —habló por fin, sacando fuerzas de flaqueza—, que a pesar de no haberle visto desde entonces, en la selva han sonado sus tambores anunciando un sacrificio al dios Ngai. Fué entonces cuando comprendimos que algo grave había ocurrido. Uno de mis guerreros descubrió en un poblado kuasi algunas de las piedras que forman parte de nuestro tesoro. Solía llevarlas Sam-O-Kupa cuando recorría el territorio, o cuando se dirigía a las madrigueras de los cocodrilos para organizar alguna nueva ceremonia. Como es natural, ordené atacar el campamento, pero de nada sirvió. Ni el gran hechicero ni el resto del tesoro de Ngai han aparecido. Eso explica que el dios te eligiera a ti para «ayagay». Permitted que vencieras en las cinco pruebas porque tú eres el único que puede solucionarlo todo.

Por primera vez desde que le conocía, Lilian Bruce notó que el cazador daba muestras de perplejidad. Como si no comprendiera una palabra de lo que estaba oyendo.

Y no se equivocaba del todo. Lo que acababa de decir Sambanza era tan extraordinario, que Percy Copper se quedó confuso al oírle. Aquello no parecía tener pies ni cabeza. Y, sin embargo, por otra parte, era seguro que algo debía haber de verdad.

De pronto recordó otra cosa que le tenía intrigada y se encaró con el reyezuelo.

—Dime, Sambanza —preguntó —; ¿conoces el motivo de que vuestro hechicero entregara su amuleto sagrado a un hombre blanco?

—No —respondió ahora rápidamente el régulo— lo único que sé es que ese hombre blanco no deja de recorrer el territorio como si buscara a alguien.

Aquello se complicaba cada vez más. Percy Copper llegó a la conclusión de que allí no sacaría nada en limpio.

—Está bien, Sambanza —declaró—. Ya veo que tendré que averiguarlo yo todo. De momento que los gudugudu transmitan la orden de que todos los massai estén alerta. Si alguno descubre algo que se relacione con Sam-O-Kupa que lo comunique enseguida. Mis compañeros y yo descansaremos unas horas, antes de partir de nuevo.

Una vez más se puso de manifiesto las prerrogativas de que gozaba un «ayagay». El propio Sambanza se mostró tan sumiso que incluso cedió su real mansión para que el cazador y los que le acompañaban lo usaran como alojamiento.

En ella se instalaron nuestros amigos, dispuestos a descansar unas horas.

Aunque fueron muy pocas. Apenas habían transcurrido un par de ellas, cuando el rey Sambanza en persona se presentó ante ellos para anunciar:

—Se han recibido noticias, «ayagay». Los guerreros de mi hermano Chinté encontraron ayer un induna de Sam-O-Kupa. Según el mensaje del gudugudu, está muy grave.

Percy Copper no quiso saber más. Inmediatamente hizo una seña a sus amigos y a continuación, encarándose con el reyezuelo, ordenó:

—Disponlo todo para que nos acompañen un centenar de tus guerreros, Sambanza. No podemos perder tiempo dando rodeos. Atravesaremos el territorio kuasi para llegar cuanto antes al poblado de tu hermano.

La orden del cazador fué cumplida en el acto. Media hora después, esta vez custodiados por una centuria de feroces massai, los intrépidos expedicionarios se internaban de nuevo en la selva. Faltaban escasamente tres horas para que empezara a anochecer. Pero aquello no parecía tenerlo en cuenta el cazador.

Aunque Lilian Bruce supo después la razón. Percy Copper había ya decidido no acampar durante la noche. Su conocimiento del terreno y la seguridad de saberse protegidos por los guerreros massai, fué lo que motivó aquel comportamiento, con el cual daba a entender que le corría mucha prisa llegar a su destino.

Claro que, además, existían otras causas: entre ellas la de aprovechar el descanso nocturno de los kuasi para evitar tropiezos con ellos, con la consiguiente pérdida de tiempo.

Lo importante fué que al amanecer del día siguiente alcanzaban su meta. Por expreso mandato del cazador, Sambanza no había anunciado a su hermano la llegada de la expedición.

Y a eso se debió que cogieran a Chinté completamente desprevenido.

—Necesito ver a ese induna de Sam-O-Kupa que encontraron tus guerreros —pidió el cazador, apenas tuvo delante al reyezuelo—. ¿Dónde está?

Aunque sin poder disimular su sorpresa por aquella visita que no esperaba, el cacique negro se mostró la mar de complaciente.

El mismo condujo a nuestros amigos hasta una choza, algo apartada de las demás.

—El induna se encuentra ahí dentro, «ayagay». Nuestro hechicero

cree que...

Pero el cazador no esperó a oír más. Seguido del doctor Rolfsen se precipitó en el interior de la choza. Lilian Bruce lo hizo tras ellos.

Al fondo de la cabaña, colocado en el suelo entre cuatro cazoletas de barro cocido de las que brotaba un humo negro y espeso, un negro de cabeza descomunal y vientre abultado yacía tendido sobre una estera.

En el cuello, cogiéndole todo el hombro izquierdo y parte del pecho, las cortezas de árbol que el hechicero de la tribu le había colocado encima, resultaban insuficientes para disimular la terrible herida que presentaba.

A una seña, del cazador, el doctor Rolfsen se arrodilló junto a él, al mismo tiempo que de su maletín sacaba una jeringuilla.

Dos minutos después, el estimulante que el doctor le había inoculado empezó a surtir efecto. Los labios del macrocéfalo empezaron a moverse, aunque continuó con los ojos cerrados.

—*Ol moran... ndito kuasi... Sam-O-Kupa... Mara... Dina...13*

Después de estas palabras deshilvanadas, su garganta sólo produjo un gorgoteo extraño ininteligible. Pero al cabo de unos instantes, los abultados labios consiguieron modular:

—No *gudugudu...*, *dina*.

Y ya no dijo más. Aunque Lilian Bruce observó que el cazador daba muestras de encontrarse satisfecho. Por su parte, ella había entendido algunas palabras, pero no pudo sacar nada en claro.

—¡Pronto, Doc! —oyó que decía él—. Creo que ya lo tengo. Seguidme.

En su excitación no se dió cuenta de que los ha— día tuteado a los dos. Pero ella sí que lo notó.

Afuera, el reyezuelo Chinté les estaba esperando. Al ver aparecer al cazador fué a abrir la boca para decir algo, pero Percy Copper se le adelantó.

—Escúchame, Chinté —habló apresuradamente—. Necesito dos piraguas con los remeros más veloces de la tribu. Pero ha de ser deprisa. No podemos perder un minuto.

Por toda respuesta, el régulo transmitió una orden a un negro que le seguía a pocos pasos. En el acto se alejó éste corriendo y unos minutos después en el centro de la kiota empezó a redoblar un tambor.

—Tus deseos son órdenes para mí, «ayagay» —pronunció el cacique—. En este momento todos los remeros de mi pueblo se dirigen al río. Sígueme y yo mismo te elegiré los mejores.

Para Lilian Bruce la actividad que desarrollaba el cazador era imposible de superar. Apenas hacia media hora que habían llegado al kraal de Chinté y de nuevo se ponían en marcha, esta vez a lomos de una velocísima piragua impulsada por diez vigorosos remeros.

Junto a ellos, en pugna por ver cuál de las dos avanzaba más aprisa, otra embarcación similar conducía a Wazindi y los cuatro porteadores kuasi.

A favor de la corriente, las dos canoas surcaban el agua con la velocidad de una flecha.

—¿Se puede saber a dónde vamos tan corriendo?

—preguntó la muchacha, al cabo de casi una hora de estar navegando, y cansada de esperar que el cazador le aclarase aquel misterio.

Percy Copper se volvió por vez primera hacia ella. Ocupaba el asiento del centro más próximo a la proa y en su rostro aparecía una expresión que la muchacha no había visto nunca en él.

—¿Por qué no imita usted a nuestro amigo? —fué la respuesta de él, mientras señalaba con un gesto de la barbilla hacia el doctor, que se había quedado dormido—. Debe estar rendida de tanto caminar y nunca mejor ocasión que esta para descansar. Además, disponemos de tiempo de sobra. Adónde vamos no llegaremos hasta la noche.

—Eso es precisamente lo que quiero saber —insistió ella—. ¿A dónde vamos?

Vaciló él unos segundos, pero finalmente, como si hubiera tomado una decisión, respondió:

—De acuerdo. Ya que insiste, la complaceré. Escuche: nos dirigimos al recoveco del río donde más abundan los cocodrilos. Ignoro si se ha efectuado ya o aún tiene que celebrarse. Me refiero a un sacrificio humano al dios Ngai que nuestro escurridizo Sam-O-Kupa pensaba celebrar un día de éstos. ¿Recuerda el induna que dejamos malherido en el poblado de Chin— té? Pues de las palabras que pronunció es de donde he sacado lo que estoy diciéndole.

Lilian Bruce puso cara de sorpresa.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Se atreve a decir que de unas cuantas palabras sin lógica alguna ha sacado usted datos concretos para encontrar al gran hechicero massai?

—Exacto —respondió el cazador, muy seguro—. Conozco lo suficiente las costumbres massai para saber cómo piensa el induna de un hechicero, que se está muriendo. Lo difícil es hacerle hablar, aunque ya vió que a mi amigo no le costó mucho trabajo.

—Sigo sin comprender, señor Copper. ¿Quiere explicarse mejor?

—Lo intentaré. Siga escuchando. Para los indunas del hechicero supremo de los massai, no existe peor castigo que el de dejar de tomar parte en un sacrificio al dios Ngai, si éste se celebra durante los cinco días (este número siempre es el mismo en todo lo que se relacione con el dios) siguientes al de su muerte. De ahí que cuando el gran brujo anuncia un sacrificio de éstos, los indunas sólo procuran vivir lo

suficiente hasta que el sacrificio se haya celebrado. Durante este período de cinco días, en sus cerebros únicamente anida una idea fija: el sacrificio anunciado, y sobrevivir, sobrevivir hasta que el mismo se haya celebrado. ¿Empieza a comprender ahora por qué mi amigo le estimuló a hablar? Sabíamos que era un induna de Sam-O-Kupa. Pero también necesitábamos saber si su mente estaba limpia de preocupaciones, en cuyo caso nada hubiera dicho.

El cazador hizo una pausa para comprobar que seguían avanzando sin disminuir de velocidad y continuó:

—De las palabras que pronunció, las últimas fueron las más raras. Me refiero a su significado. Dijo, traducido a nuestro idioma: «No sonará el gudugudu en el sacrificio». Algo sumamente raro, si se tiene en cuenta las costumbres massai. En cuanto a las primeras, quería decir que un pastor y una doncella kuasi tenían que ser sacrificados por Sam-O-Kupa en el río Mara. Es decir, en el criadero de cocodrilos hacia el que nos dirigimos.

Animado por la atención con que ella le escuchaba, siguió diciendo:

—La obsesión del induna demuestra claramente que al ser atacado por el leopardo, aún no habían transcurrido los cinco días desde que el hechicero anunció el próximo sacrificio. Por otra parte, por el simple hecho de haberle encontrado a tanta distancia del lugar donde el sacrificio tenía que celebrarse, es fácil deducir que disponía de tiempo suficiente para poder acudir a la ceremonia. De lo contrario no se hubiera alejado tanto. Además, suponiendo que cuando le atacó el leopardo fuese precisamente cuando se dirigía a reunirse con los demás indunas, y esto ocurrió anteayer, la distancia que le separaba era de más de un día de viaje, sin contar con otro que debía añadir prudentemente, para el caso de que se retrasara por alguna causa. Es decir: según mis cálculos, el sacrificio debía estar señalado para la madrugada de hoy o la de mañana. Y aquí tiene la explicación de nuestras prisas. Intento llegar a tiempo de verme con Sam-O-Kupa, antes de que se esconda de nuevo. Estoy convencido de que él tiene la explicación de todo este embrollo que ha despertado la alarma en toda la selva... ¿Satisfecha?

Asintió ella con la cabeza y él añadió, antes de que abriera la boca:

—Bien. Entonces, saciada ya su curiosidad, lo mejor es que pruebe a dormir unas horas. La despertaré cuando los remeros hagan un alto para reponer sus fuerzas.

Sin embargo, Lilian Bruce se despertó sin que nadie la llamara. Aunque...

Al abrir los ojos, de lo primero que se dió cuenta fué de que era de noche. Las estrellas parpadeaban en el cielo y lo que aún la sorprendió más: en vez del fondo de la canoa, se encontraba ahora acostada en tierra firme. Sobre un montón de hojas secas con las que alguien le había construido un cómodo lecho.

Desconcertada, miró a su alrededor. Pero a los únicos que vio fueron al cazador y a su amigo. De los guerreros massai, el mulak Wazindi y los kuasi no se veía el menor rastro.

Incorporándose de un salto echó a andar al encuentro de los dos hombres, sentados en cuclillas junto a la orilla del río. Al ruido de sus pasos se volvió el cazador, quien en voz baja advirtió:

—Cuidado con hacer ruido, señorita. No conviene que nadie nos oiga.

—¿Por qué me han dejado dormir tanto? —protestó ella, hablando en voz baja mientras se sentaba junto a los dos hombres. Y añadió, encarándose directamente con el cazador: —Dijo que me llamaría y no lo hizo. Estoy muy enfadada con usted.

—Lo siento —respondió él, muy tranquilo—. No esperaba que fuera usted tan desagradecida.

En el tono de sus palabras se advertía una nota de burlona seriedad que la desarmó por completo.

—Usted gana —tuvo que confesar—. Para que no me tenga por desagradecida le diré que hizo usted bien. Me encontraba tan agotada que lo necesitaba de veras.

—Eso ya está, mejor. Pero ahora dejemos eso y hablemos de lo que interesa... Dentro de poco empezará a amanecer y...

—¡Cómo! —exclamó ella, interrumpiéndole—. ¿Qué va a amanecer? ¡Pero si yo creía que empezaba la noche!

Ahora fué el doctor Rolfsen quien habló.

—Conque creía que empezaba la noche, ¿eh? —bromeó—. ¿Y usted era la que hace un momento regañaba a nuestro amigo por no haberla despertado? Fíjese si tendría sueño que ha dormido veinte horas de un tirón. Yo al menos...

—¡Silencio! —ordenó de pronto el cazador—. Los que esperamos empiezan a llegar... Miren hacia el recodo. ¿Ven dos bultos que avanzan río abajo? Pues son los indunas encargados de desalojar a los cocodrilos de una de sus madrigueras. Sam-O-Kupa y las víctimas harán su aparición cuando alumbren los primeros rayos del sol.

—¿Qué piensa hacer ahora, señor Copper? —preguntó la muchacha.

—Lo primero de todo hacerle una pregunta. ¿Sigue usted pensando en vengarse de los massai por la muerte de su padre?

Cogida de sorpresa por aquella pregunta que no esperaba, Lilian Bruce no supo de momento qué decir. Por si fuera poco, notó que él la miraba rectamente a los ojos, casi con ansiedad, y aquello aumentó su desconcierto.

Aunque pronto se rehízo.

—Ignoro la razón de que me pregunte eso ahora, señor Copper —respondió, aguantando valientemente la mirada de él—. Sin embargo,

puesto que he de darle una respuesta, óigala: No. He comprendido a tiempo que la venganza, ese placer de los dioses según muchos mortales, a mí no me convence. Además, por lo que se refiere a mi caso, ahora ya sé que lo de mi padre fué más bien un accidente. Se encontraba entre los que los massai consideraban sacrílegos y cayó como uno más de ellos. Y ahora me toca a mí preguntar: ¿satisfecho?

La poca luz que los alumbraba impidió ver a la muchacha el gesto de satisfacción que se retrataba en el semblante del cazador al oírla. En cambio le oyó decir con un tono que la emocionó:

—Es usted admirable, señorita Lilian. Ha contestado usted exactamente como esperaba.

Se volvió hacia su amigo y añadió, cambiando de conversación:

—Hazte cargo de mi fusil, Doc. Ha llegado el momento de ponernos en marcha. Usted, Lilian, no se olvide del suyo. No lo creo, pero pudiéramos necesitarlos. No olviden que estamos completamente solos.

—A propósito de eso, señor Copper —quiso saber ella—. ¿Cómo es que no veo a ninguno de los que nos acompañaban?

—Muy sencillo. Porque los hice marchar para no ahuyentar nuestra presa. Wazindi y los kuasi nos esperan unas millas río abajo. Por otra parte, ha de saber que ni siquiera los indunas del gran hechicero pueden estar presentes en esta clase de ceremonias. Aportan su trabajo, que es el de desalojar a los cocodrilos de la latebra designada al efecto, y se alejan de ella a toda prisa... ¡Mírelos! Han acabado su faena y ya se vuelven. Ahora nos toca a nosotros. Síganme.

Sin pronunciar una palabra, se apartaron de la orilla para adentrarse entre los árboles. Siempre en silencio recorrieron cosa de un cuarto de milla por la selva y, por fin, cuando las primeras luces del alba empezaron a derramar una tenue claridad, alcanzaron el otro lado del recodo del río, próximo al lugar donde las aguas de varios arroyos tenían su confluencia.

—Subiremos a aquel pequeño altozano desde el que se domina todo el lapachar —dijo Percy Copper, hablando en voz baja.

Lo hicieron así y poco después llegaban al punto señalado por el cazador. Desde allí, a cosa de medio centenar de yardas de distancia ladera abajo, se veía perfectamente la zona ribereña a las mestas que los indunas habían dejado preparada para que Sam-O-Kupa pudiera celebrar el sacrificio.

A su alrededor pululaban docenas de agitados saurios que se movían intranquilos.

Y en aquel momento, el disco rojo del sol asomó refulgente como una bola de fuego por encima de las grandes copas de los árboles de la otra orilla.

—Atención ahora —advirtió el cazador, señalando hacia el río—.

Sam-O-Kupa y los portadores de las víctimas están a punto de llegar.

Y así fué. Transcurrieron unos diez minutos y de pronto, de la parte baja de aquella zona pantanosa, surgieron cuatro corpulentos massai que conducían a hombros los maniatados cuerpos de dos jóvenes negros.

Detrás de ellos, caminando con más lentitud, venía el hechicero. Totalmente cubierto por un extraño manto y la horrible máscara que descansaba sobre sus hombros, de su cuerpo sólo era visible una mano, teñida de rojo. Una mano con la que sostenía en alto la disecada garra de un leopardo.

Lilian Bruce, sin atreverse casi a respirar, observaba con atención cuanto ocurría ante sus ojos.

Los cuatro indunas acababan de depositar en el suelo pantanoso y maloliente los cuerpos de las víctimas elegidas. Después, tras hacer cinco reverencias seguidas en dirección al sol, se colocaron en fila y se alejaron corriendo por donde habían venido.

El hechicero esperó verlos desaparecer para aproximarse a donde yacían los dos infelices que debían inmolar.

Fué entonces cuando el cazador creyó llegado el momento de intervenir. Abandonando su escondite, a todo correr se precipitó ladera abajo en dirección a la latebra adonde Sam-O-Kupa se dirigía.

Tenía que actuar con rapidez, ya que en cuanto el hechicero advirtiera su presencia se apresuraría a caer sobre sus víctimas. Pero de pronto, una de sus botas se enredó en una rama que crecía a ras del suelo y sin poderlo remediar se precipitó de cabeza en una charca.

Al ruido que produjo su caída en el lavajo, se unió un pequeño grito que, en lo alto de la loma, instintivamente había dejado escapar Lilian. Y, sin embargo...

Al incorporarse para proseguir su carrera, los ojos del cazador relucían ahora llenos de sorpresa. Contra lo que había temido en un principio, a pesar de la poca distancia que le separaba del hechicero, éste no demostró haber oído nada. Algo tan extraordinario que resultaba difícil creerlo.

Pero no había duda posible. Sam-O-Kupa, imperturbable y sereno, continuó avanzando en busca de su objetivo. Llegó por fin ante los infelices negros y sin titubear, blandió la garra de leopardo dispuesto a descargarla sobre el cuello del más próximo a él.

Aunque no llegó a hacerlo. En el preciso momento en que su brazo descendía dibujando un arco en el aire, Percy Copper cayó sobre él. De un manotazo le apartó a un lado y al mismo tiempo gritó:

—¡No mates, Sam-O-Kupa! ¡«Ayagay» quiere hablar contigo!

Nuevamente el cazador parpadeó en el colmo del asombro. Como la vez anterior, ésta tampoco parecía que el hechicero le hubiese oído. En cambio le vió reaccionar abalanzándose sobre él con el brazo armado en

alto.

Tan rápido e inesperado fué el ataque que el cazador no tuvo tiempo de esquivar la acometida. La garra de leopardo le alcanzó en la cabeza, sintiendo al mismo tiempo que las aceradas uñas se le clavaban en el cuello, a la altura de la nuca.

Instintivamente quiso retroceder, pero con tan mala fortuna que tropezando con los pies de uno de los negros destinados a ser víctimas del dios Ngai, perdió el equilibrio y cayó de espaldas fuera de la madriguera.

Y no fué esto lo peor. Quiso su mala suerte que donde fué a caer fuese precisamente donde abundaban más los cocodrilos. Menos mal que la inminencia del peligro le obligó a reaccionar con su acostumbrada rapidez.

Con increíble agilidad evitó la acometida de uno de los saurios, al mismo tiempo que retrocedía en busca de la latebra libre de reptiles. Pero...

Preocupado por aquel tremendo peligro que suponía caer entre las fauces de un cocodrilo, increíblemente en un hombre como él, se olvidó del que tenía a su espalda. No pudo ver, por tanto, cómo en el momento en que se creía a salvo, el hechicero le atacaba de nuevo.

La terrible garra de leopardo asaeteaba ya el aire en dirección a su cabeza, cuando...

El estampido de un disparo de fusil desparramó sus ecos en la soledad de aquellos parajes. El brazo armado del traidor hechicero se inmovilizó súbitamente en el aire y después de tambalearse a derecha e izquierda varias veces, se precipitó de bruces a los pies de los maniatados negros.

Gracias a esto, Percy Copper pudo entrar en la madriguera salvadora. Adivinó lo ocurrido al ver cómo se desplomaba el hechicero e instintivamente emitió un suspiro de alivio.

Suspiro que de pronto se convirtió en una exclamación de increíble sorpresa.

Al caer, la máscara que cubría el rostro de Sam-O-Kupa se le había desprendido de los hombros dejándole la cabeza al descubierto.

¡Aunque la cabeza que ahora veía Percy Copper era la de un hombre blanco!

Desconcertado por completo, durante unos minutos no separó la vista de ella. Tan ensimismado estaba en su contemplación que ni siquiera se dió cuenta de que el doctor Rolfsen y Lilian Bruce se acercaban corriendo a su encuentro.

Pero aún le esperaba otra sorpresa. Cuando empezaba a recuperarse, una exclamación de asombrosa incredulidad, mezclada con un grito de angustia, produjo en su cuerpo el efecto de una sacudida eléctrica.

A su lado, Lilian Bruce acababa de decir:
—¡Dios mío! ¡Ese hombre es mi padre!

CAPÍTULO VII

EL «DIARIO» REVELADOR

EL doctor Rolfsen bizqueó asombrado al oír aquellas extraordinarias palabras. Paralizado por la sorpresa se quedó clavado en su sitio sin saber qué hacer. Y lo mismo le ocurría al cazador.

En cambio la muchacha, tras lanzar un patético grito, en el que se mezclaba el dolor y la sorpresa, se había arrodillado junto al cadáver vestido de hechicero.

Fué entonces cuando los dos amigos reaccionaron del choque recibido y se aproximaron a ella.

Lilian Bruce había cogido entre sus manos la cabeza que la máscara dejara al descubierto y la miraba una y otra vez, como si le costara trabajo creer lo que estaba viendo.

Finalmente, ante la evidencia de lo que a ella parecía imposible, levantó la vista para mirar a los que, en aquel momento, se inclinaban hacia ella.

—¡No lo comprendo! ¡No lo comprendo! —pronunció entre sollozos que la ahogaban—. Yo misma enterré el cadáver que llevaba la pulsera que le regalé. ¿Cómo es posible que ahora esté aquí? ¡Y disfrazado de esta forma!

Los poderosos brazos del cazador la apartaron del cuerpo sin vida, cuya presencia allí encerraba un misterio indescifrable. Recobradas todas sus facultades, a pesar de estar sangrando por los arañazos que la garra había producido en su cuello, Percy Copper empezó a actuar.

Con el cuerpo de la muchacha entre sus brazos se precipitó ladera arriba hasta dejarla en lugar que consideró seguro. Hizo luego la misma operación con los dos kuasi, y por último se reunió con su amigo que, inexplicablemente, se había quedado junto al muerto.

—Vamos, Doc —pronunció con voz fatigada—. Los cocodrilos nos están rodeando... No te preocupes por ese cadáver. Yo me encargo de sacarlo de aquí.

Mientras lo decía, se inclinó hacia el suelo. Lo agarró por los brazos y se dispuso a cargárselo sobre les hombros. Pero de pronto...

Cuando ya tiraba de él hacia arriba, bruscamente el doctor le dió un empujón, obligándole a soltarle.

—¡Doc! —exclamó, en el colmo del asombro—. ¿Es que te has vuelto loco?

—Nada de eso —respondió su amigo, muy sereno—. He impedido únicamente que te ocurriera lo que a él. ¡Si tardo un segundo más en darme cuenta hubiera sido demasiado tarde!

—No te comprendo, Doc. ¿Qué diablos estás diciendo?

—Lo sabrás a su tiempo. Contéstame ahora: ¿tienes alguna grieta en las manos?

El cazador iba de sorpresa en sorpresa. Sin embargo, respondió:

—No. Creo que es en el cuello donde...

—De acuerdo —le interrumpió su amigo, sin dejarle acabar—. Entonces no hablemos más. Cógele por los pies mientras yo lo hago por los hombros. Sobre todo procura que su sangre no se ponga en contacto con alguna de tus heridas. En cuanto lleguemos arriba, lo primero que debes hacer es lavarte las manos.

Minutos después llegaban junto a la muchacha.

—Señorita Lilian —habló entonces el doctor, encarándose con ella—. Le ruego que no tome mis palabras como un pretexto para excusarme ante usted. Le juro que en mi vida diré otra verdad más grande. Esta: cuando disparé contra el que creí Sam-O-Kupa no sabía, naturalmente, que era su padre de usted. Ahora le digo que, de haberlo sabido, hubiera disparado igual porque, matándole, hacía una obra de caridad. Hace escasamente unos segundos que lo descubrí. Aunque confieso que de no ser por las palabras que pronunció su amigo Herbert Mason, poco antes de morir, no habría caído en ello. ¿Recuerda las que fueron?.. No se esfuerce. Yo se las diré. Dijo: «...La enfermedad de tu padre sólo una muerte rápida...» No pudo acabar la frase, pero a mí me han bastado ahora para adivinar el resto. Resumiendo: su padre de usted estaba atacado de «acnisopor14». Más tarde le explicaré en qué consiste. Ahora sólo quiero que sepa que la muerte ha sido su liberación. Hubiera muerto igual dentro de unas semanas, aunque de una manera más horrible.

Explicó a continuación las características de la enfermedad que había mencionado y terminó, dirigiéndose ahora, a su amigo:

—¿Comprendes ahora por qué te impedí que te lo cargaras a hombros? Al contacto de su sangre con la tuya, esa misma que te sigue brotando del cuello y que ahora mismo te voy a curar, hubieras quedado contagiado en el acto. Y te soy sincero. De haber ocurrido así, no habría vacilado en pegarte un tiro.

Lilian Bruce no había despegado los labios. Pero apenas terminó el doctor, se volvió hacia el cazador y, sollozando, se precipitó en sus brazos.

Percy Copper era aquella la primera vez que la veía llorar. Y tanto le

emocionó, que sin darse cuenta la apretó contra su pecho mientras empezaba a murmurar en su oído palabras llenas de ternura.

El único que se mantenía completamente sereno en aquella ocasión era el doctor. En dos zancadas se acercó a los dos negros, a los que ya había desatado antes y en voz baja procedió a darles instrucciones.

Como resultado de ellas, media hora más tarde los restos del doctor Bruce habían sido enterrados. Inmediatamente se dispusieron nuestros amigos a alejarse de allí, aunque antes Percy Copper hizo una extraña operación: bajar a la latebra y arrojar en ella el disfraz del hechicero Sam-O-Kupa, que antes habían quitado al cadáver.

—De esta forma —explicó—, cuando los indunas acudan en su busca, preocupados por su tardanza, creerán que murió con sus víctimas. Así nos darán tiempo a alejarnos lo suficiente.

Todo salió tal y como el cazador había anunciado. La pareja de jóvenes kuasi corría ya hacía su poblado y ellos navegaban por el río hacia el lago Victoria, cuando los gudugudu massai empezaron a propagar la noticia de que su gran hechicero había muerto.

A media tarde llegaban a Busamba, donde les esperaba una nueva sorpresa. Al terminar de explicar a Sir Talbot lo que les había ocurrido, especialmente el misterio que se cernía alrededor del doctor Bruce, el intendente general del Protectorado abrió un cajón de su mesa y de él sacó una libreta bastante sucia por las tapas, que alargó al cazador.

—La Providencia ha acudido en nuestra ayuda, amigo Percy —pronunció con voz solemne—. Un nativo encontró ese libro de notas en la selva y vino a traérmelo. Leyéndolo encontrará la solución de lo que tanto les extraña. Bastará con las últimas páginas. Léalas en voz alta, ¿quiere?

Ante la expectación general, el cazador empezó a leer:

«12 de febrero. Acabo de regresar de Kenya completamente descorazonado. Lilian me ha rechazado, sin darme siquiera esperanzas. Para colmo de males, a mi llegada me he encontrado con la desagradable sorpresa de que mi jefe tenía un nuevo ayudante. Un tal Basil Forrester, al que por lo visto no le he sido simpático.

«29 de febrero. Estoy muy preocupado. Hace días que vengo notando algo raro en el doctor. Me da la impresión de que se está quedando sordo. Además, ¡cosa rara en él, tan poco sufrido como es! hoy se ha hecho un corte en un dedo y ni siquiera ha parecido notarlo. Se comporta de un modo extraño. Sin ir más lejos, esta tarde me ha dejado mudo de asombro al ver cómo, a cambio de una de sus máscaras, entregaba al hechicero de la tribu la pulsera que

Lilian le regaló.

»3 de marzo. Hoy, durante una de nuestras excursiones en busca de nuevos ejemplares de mosquitos, me ha ocurrido algo extraordinario. Mi presencia ha ahuyentado a un leopardo que se disponía a atacar a un viejo massai, el cual, en agradecimiento sin duda, ha colgado de mi cuello un rarísimo collar con una gran piedra verde en el centro. Luego he sabido que el viejo de marras era nada menos que Sam-O-Kupa, el gran hechicero de los massai. Sus indunas, que son con los que he hablado, me han informado de que mientras conserve el collar —se trata del amuleto sagrado de su dios— todos los massai me obedecerán ciegamente e incluso podré hacerme cargo de las ofrendas que destinen a Ngai. Naturalmente, también podré andar con entera libertad por su territorio.

»14 de marzo. Cada vez estoy más preocupado. Esta tarde al regresar de su acostumbrado paseo semanal por el río, he visto que el doctor se encerraba en su habitación con un gran bulto que traía bajo el brazo. Luego, durante toda la noche, ha estado hablando solo en voz alta. Creo que está enfermo, muy enfermo.

»20 de marzo. ¡Es horrible! Ya sé lo que tiene el doctor Bruce. He tardado en comprobarlo, pero ya no hay duda. Está atacado de «acnisopor». Mañana mismo pienso dirigirme a Busamba para dar cuenta de lo que ocurre.

»21 de marzo. Durante todo el día hemos estado oyendo cómo los tambores massai anunciaban uno de sus humanos sacrificios. Pero eso no es lo peor; sino que el doctor y Basil Forrester han desaparecido. Los he buscado por todas partes, pero sin resultado.

»22 de marzo. El doctor Bruce y Forrester siguen sin aparecer. Levanika ha enviado a sus guerreros para que recorran la selva en su busca, más todo inútil. Han desaparecido sin dejar rastro.

»26 de marzo. Hace cuatro días que recorro la selva tratando de dar con la pista del doctor y Forrester. Desanimado me he dirigido hacia el kraal, cuando desde el río he presenciado que un enjambre de massai lo arrasaban todo. No he querido acercarme y me he internado de nuevo en la selva. Ahora me dirijo al poblado del rey Chikondo. Aprovecharé las prerrogativas que me concede el collar sagrado para seguir la búsqueda del doctor. Temo que la afición a los ritos sagrados que se apoderó de él últimamente, le haya hecho adoptar la personalidad de uno

de estos hechiceros.

»10 de abril. Por fin he descubierto el misterio. Me he enterado por los massai que su hechicero Sam-O-Kupa, y con él el tesoro sagrado, ha desaparecido. El hallazgo de unas piezas del tesoro en el poblado de Levanika fué lo que motivó su destrucción, para tratar de recuperar el resto. Todos se equivocan. El tesoro sagrado no ha desaparecido. Si es cierto que tan sólo Sam-O-Kupa conocía su emplazamiento, desde luego no lo encontrarán. ¿Que por qué? Por la sencilla razón de que el Sam-O-Kupa que se esconde no es Sam-O-Kupa, sino el doctor Bruce, que ha adoptado su personalidad, aunque ignoro cómo ha conseguido suplantarle. Ahora ya sé lo que era el bulto que traje bajo el brazo aquella noche: el disfraz del gran hechicero, aunque también ignoro cómo se lo agenció. En cuanto a las piedras que encontraron en el poblado de Levanika, tampoco pertenecían al tesoro, sino a los adornos del traje de Sam-O-Kupa.

»24 de abril. ¡Es increíble! Después de tantos días no me explico cómo los indunas del gran hechicero no han descubierto que su jefe es un hombre blanco. Además, y esto es también muy raro, nadie sabe dónde ni por qué se esconden. Por otra parte, y esto es lo peor, ahora los massai no me dejan salir de su territorio. Me permiten recorrerlo en todas direcciones, pero cuantos intentos he hecho para acercarme a Busamba y avisar a Sir Talbot han sido inútiles. No me queda otro remedio que hacerlo todo yo solo. Dentro de poco, el doctor empezará a sufrir los terribles ataques que produce su enfermedad y temo que en uno de estos accesos cometa algo que termine de soliviantar a los massai, cada vez más excitados por lo que ellos creen la desaparición de su tesoro sagrado. La solución está en que yo pueda descubrir a tiempo al doctor y matarle. Sí, matarle. Con ello no sólo haré una obra de caridad, sino que impediré que la alarma cuando en la selva dando paso a una verdadera ola de terror. Una vez muerto él, será fácil demostrar al rey Sambanza que el tesoro de los massai continúa en su escondite. Tan sólo quedará en pie una incógnita: ¿dónde está o qué ha sido del verdadero Sam-O-Kupa?»

El libro de notas acababa aquí. Percy Copper, una vez hubo acabado de leerlo, se lo devolvió a Sir Talbot. Pero sus ojos reluchan ahora con

extraña luz.

—Esto lo aclara todo —pronunció después—. Aunque no hay firma, resulta clarísimo que quien escribió estas notas fué Herbert Mason. La suerte ha sido que viniera a caer a nuestras manos.

Se encaró ahora con la joven y prosiguió:

—Ha desaparecido el misterio que tanto la intrigaba, señorita Lilian. El cadáver que tomó por el de su padre era del hechicero de la tribu, a quien él entregó la pulsera que usted le había regalado. En cuanto al extraño comportamiento de Herbert Mason, también está aclarado. No se atrevió a comunicarle la verdad, al enterarse de que usted creía a su padre muerto. No obstante, estoy casi seguro de que de haber durado algo más, aún hubiera añadido algo a sus últimas palabras. Desgraciadamente para él, los kuasi le confundieron con uno de los ladrones del tesoro massai, de cuyo robo les culpaban a ellos. Por eso decidieron capturarlo, probablemente para presentárselo al rey Sambanza como prueba de la inocencia de su pueblo. Pero el disparo que tuve que hacer contra la serpiente de anteojos que estaba a punto de morderla, debió hacerles creer que por allí andaban sus compañeros, y lo mataron antes de que llegara el socorro, pues al ser ellos tan pocos, temieron no poder vencer.

Ahora fué el doctor quien tomó la palabra.

—¡Hay que ver lo claro que se ve todo, una vez encontrada la explicación! —exclamó—. Por de pronto, casi me atrevo a asegurar que el desconocido que tú, Percy, encontraste en la latebra, no era otro que Basil Forrester. En su locura el doctor Bruce lo sacrificó en lugar del kuasi que anunciaban los gudugudu.

Y al ver que el intendente asentía con la cabeza, añadió:

—¿Lo ves? Sir Talbot le ha identificado como tal, en vez del agente que se creía perdido. Por cierto. Sir Talbot: ¿apareció por fin ese miembro de las S.S.?

—Sí. Su falta de noticias fué motivada por unas fiebres que le tuvieron postrado en cama casi un mes. Lo trajeron cuatro kuasi, precisamente el mismo día que ustedes se marcharon.

—¡Estupendo! —exclamó el doctor Rolfsen—. Eso aclara una cosa más. Sigamos, pues, con lo nuestro. —Se encaró con el cazador y continuó—: Volviendo a lo que iba diciendo, ahora puedo decirte, Percy, que ayer no di mucho crédito a tus suposiciones. Me refiero a cuando aseguraste que se iba a celebrar un nuevo sacrificio al dios Ngai sin haberlo anunciado antes los tambores. Pero ahora lo veo todo claro. La explicación de esta anomalía, que a los mismos indunas debió extrañar, no se debe a otra cosa que a la sordera del doctor. Sin ese sentido, aunque adoptó a la perfección la personalidad de Sam-O-Kupa, era natural que no lo echara de menos. Por eso no dió la orden, que sin su

autorización resultaba prácticamente que quedaba prohibido hacerlo.

—Ahora que hablas de esa sordera —respondió Percy Copper—. ¿Recuerdas cuando tropecé y caí, muy cerca ya de donde él estaba? Pues a pesar del ruido que hice al chapotear en el lavajo, no me oyó. No me oyó entonces ni cuando le hablé, tratando de llamar su atención, que era lo que pretendía.

—Sí. Ya me di cuenta, aunque en aquel momento no podía suponer a qué se debía —respondió el doctor, para añadir enseguida: —En fin, lo importante es que ya está todo aclarado. Falta únicamente lo que se refiere a la misteriosa desaparición del verdadero Sam-O-Kupa. Por fortuna, tú eres ahora «ayagay» y el rey Sambanza dará crédito a lo que le digas. De ti depende, pues, que la selva recupere la tranquilidad.

Percy Copper esbozó una enigmática sonrisa.

—Me comprometo a conseguir esa tranquilidad —declaró, mientras se aproximaba a la joven—, si antes recupero la mía... ¿Quieres casarte conmigo, Lilian? —dijo de pronto. Ella se removió en su asiento—. Tu amor es lo que necesito para que no me falten los ánimos. Ya ves que lo confieso delante de testigos.

Lilian Bruce, sintiendo que su corazón le daba saltos en el pecho, miró a Sir Talbot y al doctor Rolfsen, como cohibida.

Comprendieron ellos lo que pasaba en el interior de la muchacha y, en silencio, los dos a la vez salieron de la habitación.

Aún no se había cerrado la puerta a sus espaldas, cuando Lilian Bruce, tras lanzar un grito de alegría, largo tiempo contenido, se precipitó de un salto hacia el cazador, que la recibió con los brazos abiertos.

—¡Percy! ¡Percy! —exclamó entonces, brillantes los ojos de dicha—. Lo que acabas de pedirme colma mi felicidad. ¡Te quiero! ¡Te quiero! Yo...

Pero no pudo terminar. El la había levantado del suelo y, afanosamente, con ternura y pasión a la vez, le cerró la boca con los labios.

FIN



La dormida quietud de la selva africana fué violentamente interrumpida por el horripilante alarido que crispó los nervios de los expedicionarios: ¡SAITANI había hablado su presa...!

¿Quién es SAITANI? ¿Un hombre? ¿Una fiera sanguinaria? ¿Un ser mitológico?

Todas estas preguntas se las responderá

Charles Mitchell

el famoso autor, en su sensacional novela

EL DIABLO DE LA SELVA

Un relato impresionante de arrolladora acción que mantendrá vivo su interés desde la primera a la última página!

No deje de adquirir este sensacional título, que la trepidante

Colección CONGO

le ofrecerá la próxima semana

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS



Piper Laurie

N.º 204 El verdadero nombre de esta joven actriz, nacida en Detroit (Michigan), el 22 de enero de 1932, es Rosetta Jacobs. Su nacionalidad es ruso-polaca. Sus principales películas son "El caballero del Mississippi" y "La espada de Damasco".

Foto UNIVERSAL-INTERNATIONAL



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 - ptas. Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$3/50

NOTAS

1 Los massai son paganos. Pero su dios *Ngai* no tiene ídolos. Sólo en raras ocasiones le ofrecen sacrificios humanos. La víctima, elegida por el hechicero, es trasladada a un recoveco del río donde abunden los cocodrilos. Una vez allí, varios guerreros se encargan de ahuyentar a los saurios de sus madrigueras, mientras el hechicero, valiéndose de una zarpa de leopardo, disecada, procede a destrozarse el pecho del que se va a inmolar, hiriéndole en sentido diagonal hasta que pierda el conocimiento. Después le precipita en una latebra y con toda rapidez se aleja con sus ayudantes, para no caer en el pecado de presenciar el momento en que la víctima es destrozada por los cocodrilos. Si esto ocurriera, toda la tribu se consideraría manchada y maldita por el dios.

2 Los massai son los aristócratas del África Oriental, al Este del Lago Victoria. En su dialecto llaman *ol olgob* al hombre y *en olgob* a la mujer. En cambio, a sus vecinos los kuasi los llaman, sin distinción de sexo, *en barabui* o *e-singa*, palabras ambas que quieren decir esclavo.

3 Los machos kudús, al huir por entre la espesura, por fuerza han de llevar la cabeza muy alta. De lo contrario, sus singulares defensas frontales se convertirían en un verdadero obstáculo. Una caída, la imprudencia de mirar, hacia atrás, o cualquier cosa análoga, es suficiente para que sus cuernos se enreden en la maleza y quede aprisionado.

4 Rumiante que tiene la figura de un tapir y cuyos congéneres pertenecían a la fauna fósil.

5 El *gudugudu* es un tambor o gongo especial, constituido por un trozo de árbol vaciado al fuego y provisto de una hendidura longitudinal que permite obtener por percusión dos tonos diferentes. Su sonido se oye a muchos kilómetros de distancia y es el único medio de comunicación entre las tribus de la ingente selva ecuatorial. En cada poblado hay un tañedor de *gudu*, verdadero telefonista que conoce por tradición los acordes.

6 Esta especie de torneo fué presenciado por el autor en un poblado massai, en el año 1935. En aquella ocasión, el protagonista, un famoso guerrero que aspiraba al trono de Mussundunga, logró vencer en las cinco pruebas aunque, desgraciadamente para él, no le sirvió de nada. En la última perdió la vida junto con sus tres enemigos.

7 Significa en lenguaje massai, trueno.

8 En lenguaje massai, las partículas “ol” y “en” forman la raíz principal para la construcción de las palabras. De tal forma, que según se emplee una u otra, el significado de las mismas varía sensiblemente. Así, por ejemplo, *ol soid*, quiere decir roca grande, mientras que *en soid*, es sólo un pedrusco pequeño. Para referirse a la piel de un animal grande dicen *ol doni*, y si se trata de uno pequeño, entonces pronuncian *en doni*. También sirve para especificar el género, como en los vocablos hombre (ol oigob) y mujer (en oigob), ya explicado anteriormente.

9 Los negros hacen cierta clase de cerveza que llaman pipi en el alto Ubangui y pombé en el centro y sur del Congo.

10 El “ayagay” es considerado por los massai como una encarnación del dios Ngai al que, directamente, si él no lo hace por expreso deseo, únicamente pueden mirar los guerreros que ya hayan participado en la guerra o al menos en algún combate.

11 Así llaman los negros al elefante.

12 En las regiones ecuatoriales de Africa, las lluvias siguen la dirección del sol, de Norte a Sur y otra vez de Sur a Norte, de manera que durante el año hay dos períodos de lluvias.

13 En lengua massai: pastor de cebú..., moza kuasi Sam-O-upa. Mara. Sacrificio.

14 Rara y temible enfermedad producida por la picadura de una de las 13.000 especies de mosquitos que habitan en las selvas de Africa. No es epidémica, ya que se propaga únicamente por contacto directo del microbio con la sangre. El período de incubación en el cuerpo humano —en los animales, salvo el perro, no se desarrolla— suele durar alrededor de un mes. Transcurrido el cual, el atacado pierde junto con la sensibilidad, el oído y la memoria. Además, y esto es lo más raro, sufre una especie de desdoblamiento que le hace adoptar la personalidad que más le haya impresionado últimamente. Por último, unas semanas más tarde, se declara una especie de locura a cuyo término muere sin remedio entre espantosos dolores.